

HISTORIAS DE CORNEILLE



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes
Premiadas en la Exposición de Leipzig

**HISTORIAS
DE
CORNEILLE**



OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT.

El Censor,

M. I. Sr. Dr. Joaquín Sendra.
Canónigo

Barcelona, 6 de septiembre de 1927

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.

Dr. Francisco M.^a Ortega de
la Lorena

Canciller-Secretario

134.27

HISTORIAS DE CORNEILLE

ADAPTADAS PARA LA JUVENTUD

POR

JOSÉ BAEZA

ILUSTRACIONES DE

J. RAPSOMANIKIS

29.168



CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

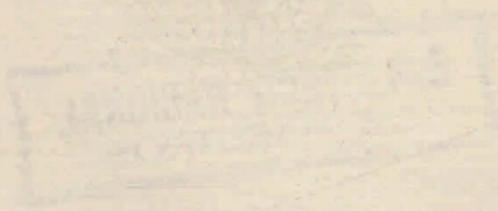
HISTORIAS DE
GOBIERNO

CONSTITUCION DE LA REPUBLICA

JOSE BARRA

LIBRO PRIMERO
DE LA CONSTITUCION

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



CASA EDITORIAL ARRIAGA
MADRID

1900

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
CINNA O LA CLEMENCIA DE AUGUSTO.	11
EL MARTIRIO DE POLIEUCTO.	57
EL MENTIROSO.	97

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Paulina se arrojó a los pies de su padre . . . *Frontis*

	<u>Págs.</u>
Y Cinna huye.	23
—Señor: vengo a salvaros...	35
—Yo hablaré por él, señor.	50
—Señor: amo a vuestra hija	63
...Otra vez el llanto se agolpó...	68
...a un ser del otro mundo	76
Pero Paulina se arrojó...	88
—¡Ah! gritó la dama,	101

PRÓLOGO

Pedro Corneille es, a buen seguro, el autor más eminente que ha conocido el teatro francés.

Él fué el creador de la tragedia francesa y el que trasladó a Francia la verdadera comedia, sostenida tan brillantemente en España por nuestro genial Lope de Vega.

Comenzó por escribir comedias, que le conquistaron una admiración general. Pero el verdadero Corneille es el de las tragedias, el autor de Cinna, de Horacio, de El Cid (imitación del de nuestro Guillén de Castro) y de Polieucto. Estas obras rayan a una altura inconmensurable. Sus nobles, augustos y profundos versos han puesto en ellas el sello de la inmortalidad.

La primera comedia que estrenó le colocó rápidamente entre los mejores autores de su

época; la tercera o cuarta, titulada *La Viuda*, obtuvo un éxito resonante. Cuando estrenó *El Cid*, Corneille fué considerado como el mejor dramaturgo francés.

El *Cid*, a pesar de estar tomado, como hemos dicho, del otro *Cid* de nuestro *Guil én de Castro*, es una obra bellísima, un gran poema, que en Francia se considerará siempre como la más perfecta muestra de poesía clásica.

Cinna es otra de sus obras maestras. Aparte los primores de versificación, tiene el encanto de basarse en un tema de palpitante interés y de desarrollarse en la Roma de Augusto.

Polieucto es una hermosa tragedia cristiana, ejemplar y llena de interés. Y *El Mentiroso* una deliciosa comedia que nos recuerda las de nuestros grandes comediógrafos de aquella época, en las que sin duda se inspiró.

Corneille nació el día seis de junio del año mil seiscientos seis, en Rouen y murió el primero de octubre de mil seiscientos ochenta y cuatro.

A pesar de su talento, Corneille pasó mu-

chas privaciones. Tal llegó a ser su estado, que un amigo intervino cerca de Luis XIV y éste envió al dramaturgo doscientos luises. Mas el autor de Cinna apenas pudo gozar del obsequio, pues murió unos días después.

Amados niños: vamos a narraros esas bellas obras, que os ofrenda esta Benemérita Colección, que ya sabemos es vuestro mayor encanto.

J. B.

CINNA O LA CLEMENCIA DE AUGUSTO

Fué en aquella época memorable en que el mundo estaba en vísperas del advenimiento del Hijo de Dios.

Roma era a la sazón la dueña del mundo, y Augusto el emperador de Roma.

Este soberano, este coloso de la Historia, tan viril para desempeñar su altísimo cargo, era blando de corazón cuando de afectos se trataba.

Una de las debilidades de su alma era Emilia, la hija de su tutor Toramus, al que por cuestiones políticas se vió precisado a desterrar.

Pero Emilia no correspondía más que aparentemente, al afecto fraternal que el emperador la profesaba. Emilia no podía olvidar

que aquel hombre que tan desinteresadamente la protegía había sido la causa del destierro y de la muerte de su padre.

La joven dama de la corte era de una belleza soberana. Toda Roma admiraba aquel porte, aquellos ojos, aquellas manos de hada. Toda Roma se detenía cuando ella cruzaba alguna vía principal en su silla de mano. Toda la juventud masculina de Roma la gentil, estaba rendida de amor por aquella emperatriz de la belleza.

Ella procuraba corresponder a esta demostración general de simpatía, pero algo íntimo borraba las sonrisas de sus labios y evitaba las demostraciones de gratitud. Siempre estaba melancólica y abstraída. Una negra idea había desplegado sobre su cerebro las pesadas alas. Era algo íntimo, arraigado, tremendo...



Todo era magnífico en aquel gran salón al que daba luz una extensa galería construída a base de columnas. Muebles, tapices,

cuadros, ornamentos, todo acusaba la procedencia de los mejores mercados. Era un hermoso atardecer. Emilia, sentada en un profundo y lujoso sillón, cavilaba.

—¡Venganza, venganza!—dice de pronto, dando expresión a sus pensamientos.

—¿Venganza? ¿Por qué, Emilia?—oye que le pregunta una voz.

Emilia, que creía estar sola, se levanta llena de sorpresa. Se vuelve, mira.

Es Fulvia, dama de la corte en quien Emilia pone toda su confianza.

—¿Tú?

—Yo, Emilia, yo. He entrado haciendo ruido, pero tan abstraída estabas que nada oíste. Cuando me detuve sorprendida por tu actitud, exclamaste: «¡Venganza, venganza!» ¿Por qué? ¿Contra quién?

—Ya lo sabes: por Augusto, por el hombre que perdió a mi padre.

—Augusto es bueno contigo.

—Pero fué malo con él.

—Eso pasó.

—No, eso queda. De mi padre resta aún un vestigio en el mundo, yo, y esa prolon-

gación de su ser tomará la debida venganza.

Emilia vuelve a sentarse. Hay en sus ojos una obscura expresión que hace pensar en la ferocidad del tigre. Perdida la mirada en el espacio surcado simétricamente por las columnas dóricas de la galería, un recuerdo turbador pasa por su mente.

—Emilia...

Pero Emilia no oye. Está totalmente absorbida por la visión interior. Y Fulvia insiste :

—Emilia...

Esta alza al fin la cabeza, pero, en vez de responder a la llamada, dice :

—Augusto triunfa en su trono de oro. Toda Roma, el mundo entero está a su pies. Por él las danzadoras maestras ejecutan las danzas más apasionadas ; por él se escriben los mejores versos ; toda la belleza y todo el amor y todo el temor humanos a sus pies se arrastran. Y mientras, mi padre, muerto ya, deja en la tierra una memoria de crimen. Mi padre, que fué como el suyo ; mi padre que formó su alma de emperador. Si Augusto me distingue ¿no será porque comprende el gran daño que me ha hecho? Pero ¡ah!,

Fulvia. Es inútil su arrepentimiento. Su suerte está echada. Augusto sucumbirá más villanamente aún que sucumbió mi padre. Sus días están contados.

—¡ Emilia !

—Morirá—y en los ojos de la doncella fulgura una siniestra llama de locura—. Morirá. No volverá a sonar para él la lira de Apolo. Las vías romanas no volverán a temblar a su paso. La corte de aduladores no volverá a deleitar sus oídos con el cántico de la adoración. Augusto morirá. Todo está previsto.

—¡ Emilia ! Piensa que matar a Augusto significa morir, y quién sabe si morir antes de conseguir el propósito. ¿Cómo vas a llegar a su lado, a levantar el puñal, a hundirlo en su pecho sin que nadie se interponga? Estás loca, Emilia.

—No soy yo, Fulvia amiga, quien va a hundir el puñal en el pecho de Augusto. También yo, como él, tengo quien por mí exponga gustosamente la vida.

—¿ Cinna, acaso ?

—Cinna, sí. Me ama, me ama ciegamente,

y yo, para ser su esposa, le he impuesto la condición de matar a Augusto.

—¡Oh, Emilia, eso es horrendo! ¿No se rebela tu conciencia? Creí que también tú le amabas a él.

—Y le amo,

—No, no puedes amarle. Si le amaras no le someterías a un tan inmenso sacrificio. Sacrificio de su vida y de su honra.

—Es tremendo, Fulvia, es tremendo. Grandísima es mi angustia al pensar que Cinna puede morir por mi causa. Pero es preciso. La injusticia que se cometió con mi padre reclama una reparación.

—Pero Cinna... ¿ha aceptado ya esa condición?

—Me ha jurado que matará a Augusto.

—¿Cómo?

—Promoviendo una revolución.

—Emilia, vas a perderle inútilmente. Provocar un levantamiento es tarea tan difícil y peligrosa, que no creo que Cinna llegue a realizar su propósito. Le descubrirán. Y Augusto, entonces, se verá precisado a condenarlo a la última pena. Aunque el empera-

dor le ame como a un hijo, nada podrá librarle de la muerte.

—Ignoras, Fulvia, que está ya todo ultimado. Cinna, que en unión de Máximo viene conspirando desde hace algún tiempo, cuenta hoy con un completo ejército de conjurados, cuya preparación hará fácil y seguro el levantamiento. En una fecha muy próxima Augusto será asesinado en el Capitolio. Y mi padre quedará vengado.

—Es horrible. Piensa que Cinna es como un hijo para Augusto. Desde niño le tiene bajo su tutela y es el más poderoso de los romanos después del emperador. El crimen es tremendo.

—También mi padre era tutor de Augusto, Fulvia, y éste no reparó en que su crimen era casi un parricidio.

—Sólo los dioses toman venganza de las injusticias. Si Augusto obró mal, déjale a él con sus culpas y no te conviertas tú en culpable.

—¡No! ¡ Muerte al tirano!

Y crispas los puños y todo su cuerpo se yergue, elástico, feroz como el de una pantera.

—¡ Muerte, muerte al tirano !

Y rendida, agotada, se derrumba en el sillón y dobla sobre el respaldo la cabeza, trémula, jadeante, cerrados los ojos.

—Emilia, vuelve en ti. Emilia, vas a perderte y a perder a tu amado...

Así habla Fulvia, acariciando los sueltos cabellos de la doncella, cuando se oye en el umbral una voz que dice :

—¡ Muerte al tirano !

Emilia se levanta y Fulvia se vuelve. Es Cinna, que viene a comunicar a Emilia las noticias últimas ; Cinna, cuyos ojos relampaguean con centelleos de loca furia y violento amor ; Cinna, el joven, el bello, el elegante.

Emilia corre hacia él. Cinna se arrodilla para besarle el flotante manto. Fulvia, presa de intensa emoción, retrocede a un rincón de aquella estancia donde el amor y la tragedia palpitan.

—¡ Cinna, mi corazón !

Cinna enmudece. Sólo con una mirada responde a aquellas sentidas palabras tan llenas de devoción.

Por un momento, su faz es blandamente

triste. Pero pronto se recobra y se yergue. Pronto vuelve a ser el caudillo, el cabecilla, el león.

—Todo ultimado—dice—. Mañana, en el Capitolio, morirá Augusto.

—¡Cinna! ¡Oh, Cinna! ¡Qué bien hice en confiar en ti! No erré al sospechar que el asunto en tus manos tendría una feliz realización. No erré al considerar que eras tú el llamado a vengar a mi padre. Gracias, Cinna, en nombre de él.

—Yo sirvo a mi amada. Esta gratitud que en tus ojos resplandece, Emilia, es para mí pago suficiente. Te sirvo a ti; sirvo a la que ha de hacerme feliz si sobrevivo al instante terrible.

—¡Cinna!

—¿Qué? ¿Por qué te inmutas?, ¿por qué tiemblos?

—¡Cinna! ¡Oh, Cinna! Has dicho sobrevivir, y ello implica que en el lance puedes hallar la muerte. Cinna, tan próximas veo nuestras bodas que desearía llamarte esposo. Porque ya esposa tuya me siento. Sean testigos los dioses de estas palabras que ahora

digo : O esposa tuya, o esposa de nadie. Y si tú mueres por la misión que te he confiado, yo moriré contigo, para que mi alma vuele tras la tuya. Sí, Cinna. Sobre todos mis sentimientos se impone el obstinado de vengar a mi padre, pero tras ese está el de mi amor hacia ti. Te adoro. Te quiero como sólo a mi padre quise. Que los dioses te protejan en tu misión y que la gran tragedia tenga como fin la égloga de nuestro amor... Fulvia. Ven. Acércate. Sé tú también testigo de lo que digo a Cinna, sé tú también testigo de que le prometo ser eternamente suya.

—Testigo soy. Todo lo he oído desde aquel rincón donde me retiré para llorar en silencio.

—¿Llorar por mí, Fulvia?

—Por ti y por Cinna y por Roma entera. Nadie aquí es malo y la tragedia se cierne sobre todos. Augusto fué un emperador violento y aún hoy lo es, pero jamás en su corazón faltó la bondad del que es noble y sabio. A ti, Emilia, te adora como una hija. Tú, Cinna, lo eres todo para él. Os ama. Es bueno y sabio. Y vosotros también lo sois. Pues a ti, Emilia, es sólo una loca obstina-

ción la que va a convertirte en mala, y a ti, Cinna, una pasión ciega. Todos sois buenos y, sin embargo, sobre todos va a cernirse el manto de la desgracia. Esa es mi emoción, ese es mi llanto.

—Mi buena Fulvia, no quiero ser buena si mi padre ha de quedar sin venganza. También él era bueno y sabio, y, sin embargo, murió envilecido. Si los dioses tienen sed de sangre, que nos aplaste la tragedia. Pero mi padre será vengado.

—Y yo—dice Cinna—no quiero el honor ni la vida si Emilia no ha de ser mi esposa. La felicidad es ella, la honra es ella, la vida ella es. Sin ella, por lo tanto, no tendría nada. Que los dioses hagan abrir mi pecho si mi sangre necesitan. Pero Emilia tendrá de mi corazón una buena memoria. Si no vivo, muerto me amará.

—Estáis ciegos. Que los dioses os protejan—exclama Fulvia.

Y Cinna repite :

—Ciego, sí ; ciego por ti, Emilia. Todo está preparado. Miles de romanos se me ofrecen para derrumbar el imperio de Augusto.

Tal ardor he inculcado en sus almas, que se diría que todos tienen un padre que vengar. Les he hablado con elocuencia. Los dioses me han inspirado las palabras que habían de llegar a los corazones. He realzado la tiranía de Augusto y les he ofrecido una libertad rosada y feliz .

—¿Y no temes que nadie te traicione?

—Nadie me traicionará. Mi compañero, el otro cabecilla, es Máximo, y Máximo es tan fiel a la causa, que desdeña por ella el gobierno de Sicilia.

—¿Quién se lo ha ofrecido?

—El mismo Augusto. Nos ha llamado a ambos, para resolver con nosotros ciertos asuntos políticos y a él le ha ofrecido el importante cargo de gobernador de Sicilia y a mí mucho más. Me ha dicho que seré su sucesor y que intervendrá en favor de nuestro matrimonio.

—¿Eso ha hecho Augusto?

Es Fulvia la que ha hablado. Los amantes se vuelven a un tiempo mismo hacia ella.

—¿Eso ha hecho Augusto?—repíete.

—Eso ha hecho—responde Cinna.



Y Cinna huye.

—¿Y vosotros estáis tan ofuscados que correspondéis a su magnanimidad tramando su muerte?

—No es magnánimo Augusto—replica Emilia—. El que quitó la honra y la vida a mi padre no puede ser magnánimo. ¡Venganza, Cinna, venganza! Que los dioses te ayuden, pero no desmayes, no te dejes embaucar por los ardides de Augusto.

—¡Sí, amada mía, venganza! Mañana Roma entera cantará la caída del tirano. Todo el mundo se conmoverá a la repercusión de la libertad del pueblo romano y por toda la superficie del mundo se esparcirá el reflejo de nuestro amor logrado. Emilia, piensa y confía en mí.

Y Cinna huye.

En la estancia quedan Emilia y Fulvia, aquélla vibrante de emoción y ésta trémula de pesar.

Fuera, a través de las dóricas columnas, dijérase que se ven cruzar los desbocados jinetes de la tragedia.

Terminada la conferencia con los conspiradores, Máximo se dirigió a su morada. Una honda preocupación había hecho presa en él. Su fiel Próculo lo advirtió en seguida. Por eso dijo a su amo apenas lo vió entrar :

—Algo os sucede, señor, que siempre habéis de ser vos el preocupado y los aprovechados los demás. ¿Acaso Augusto se ha vuelto atrás y ha nombrado a otro gobernador de Sicilia?

—No es eso lo que me importa. Augusto no ha retirado su oferta, pero poco me preocuparía que lo hiciese, porque yo he de rechazarla.

—¡Rechazarla ! ¡ No os comprendo, señor ! Se os abre un camino de prosperidad y de gloria y vos os negáis a penetrar en él... ¿ Con quién habéis hablado, señor, que así ha conseguido trastornaros las ideas?

—Próculo, óyeme. Es hora de que te haga ciertas revelaciones, pues he de necesitar como nunca de tus servicios. Mañana, en el Capitolio, será asesinado Augusto.

—¡ Asesinado ! ¿ Y no lo podréis evitar vos o cualquiera de sus valientes soldados?

—Yo soy el que ha decretado su muerte. Próculo quedó alelado. No supo qué decir ni qué hacer.

—Cinna y yo somos los cabecillas de una insurrección que ha de estallar mañana. Roma necesita libertad. En cada romano hay hoy un esclavo de Augusto y mañana habrá un dueño de sí mismo.

—Señor, señor... Mirad que la fortuna está en vuestras manos, que al lado de Augusto podéis llegar muy lejos...

—Tú calla y obedece. Mañana, a primera hora, preséntate a mí para recibir instrucciones.

—Obedezco, señor. Pero decidme. Si tan decidido estáis a que el levantamiento se lleve a cabo, ¿por qué esa pesadumbre?

Máximo, en vez de responder, comenzó a pasear de un lado a otro de la estancia.

Al fin dijo como hablando consigo mismo:

—Cinna me lo ha confesado todo. El no sirve a Roma, sino a Emilia. Augusto le ha asegurado un porvenir espléndido, mucho más que el mío, y no puede menos de reco-

nocer que él va a corresponder innoblemente a la dádiva. Cinna, bien claro se vé, amaría a Augusto si no lo odiase Emilia. Pero Emilia le odia y Cinna está de ella tan enamorado, que cree odiarlo también.

Próculo se permitió interrumpir a su amo.

—Señor, rectificad, que aún es tiempo. Comprendo que Cinna exponga su vida y sea ingrata con Augusto. Va a obtener un premio que él considera el más alto. Pero ¿vos? ¿Qué esperáis vos, señor? ¿Un alto puesto político? Ya lo tenéis ahora. ¿Acaso creéis que Cinna va a daros más? Cinna será más tirano que Augusto, si triunfa. Y vos seguiréis siendo un siervo del emperador, más siervo aún de lo que lo sois de Augusto, puesto que Cinna es peor que él.

Máximo, que seguía paseando y murmurando con la vista fija en el suelo, hizo con la mano un movimiento negativo.

—Tampoco, tampoco es eso lo que me preocupa.

Y tras un silencio añadió:

—Cinna es mi rival. Ama a la mujer a quien yo amo. Sí, sí, Emilia es la mujer que

yo quiero. Por eso yo no vacilé en acceder a las proposiciones de Cinna. Me habló de una revolución y acepté. Pensaba distinguirme, sobresalir de todos. Me convertiría en un ídolo del pueblo y acaso esto inclinara hacia mí el corazón de Emilia. Pero ahora me convenzo de que Emilia será para él. Emilia le ama y a este amor se sumará la gratitud por el inmenso servicio que va a prestarle. Pero ya es demasiado tarde para retroceder.

Próculo, que no había quitado la vista de su amo mientras éste hablaba, halló en seguida una réplica para la estupenda revelación.

—¿De modo, señor, que también vos amáis a Emilia? ¿Y la consideráis perdida? Pues oíd: si confesarais al emperador todo cuanto ha sucedido, demostrando así vuestro arrepentimiento, ¿qué sucedería? Augusto comprendería que le habíais librado de una muerte cierta y, agradecido, no sólo os concedería en el acto el perdón, sino a Emilia si se la pidiérais.

—Calla, Próculo, calla. Tu fidelidad te hace ser malo. Delatarme yo mismo a Augusto, sería al mismo tiempo delatar a una

multitud de amigos que han puesto en mí su confianza. Esto es una villanía que yo no cometeré jamás.

—Augusto está ya cansado de castigar y, una vez tenga la seguridad de que todo se ha resuelto favorablemente, sólo castigará a Cinna, que es el único que puede volver a promover otra revolución.

—¡Calla, calla! Jamás haré yo eso.

—Señor: es vuestra vida la que está en juego. Un fiel criado no debe consentir que...

—Vete. Largo de aquí. No quiero oírte.

—Señor, ¿me necesitáis? Deseaba salir.

—Ve donde quieras, pero pronto.

Próculo salió de la estancia sin pronunciar una palabra más y Máximo quedó solo con su desesperación y su aturdimiento.



Cuando Cinna llegó a su morada, después de su conversación con Emilia en presencia de Fulvia, su estado de ánimo fué variando poco a poco.

Ya más sereno, lejos de la influencia malfélica de los ojos de Emilia, pudo darse cuenta de lo que iba a hacer. El plazo fatal llegaba a su término. Al día siguiente había de matar a Augusto en el Capitolio. Esto no era lo mismo que mirar la cuestión desde lejos, como hiciera en los días pasados. Se acercaba el terrible momento de la verdad. El, Cinna, habría de asesinar a Augusto. El había de matar al que se portó como un padre con él. Había de matar a un hombre bueno. Esto era horrendo, innoble, repugnante, pero... allí estaba Emilia que lo deseaba.

Emilia odiaba a Augusto. Por mucho bien que la hubiera hecho, no podía ver en el emperador más que al asesino de su padre. Y Emilia le ponía en el trance de cometer el asesinato o quedarse sin ella. ¿Quedarse sin ella? No, no, eso no era posible. El amaba a Emilia sobre todas las cosas y sentíase incapaz de quedarse sin ella. Pero, ¿asesinar a Augusto? Tan sólo la palabra terrible quemábale los labios y el corazón... Sin embargo, era preciso. Así lo había jurado a Emilia...

Pero si Emilia, en un momento de lucidez, rectificara...

De nuevo se dirigió a casa de Emilia, con el ánimo de hacer una última tentativa.

Emilia estaba ya sola. Su semblante seguía demostrando una profunda agitación. Al ver a Cinna, se levantó y corrió hacia él.

—¿Qué sucede?—le preguntó con palabra anhelante e insegura.

—Nada malo, Emilia. Es decir, quisiera hablarte de algo que presiento no te ha de agradar. Voy a pedirte...

—Pide, Cinna, pide. ¿Cómo puedes dudar de que yo esté dispuesta a conceder todo cuanto tú me pidas? Más te he pedido yo a ti y tú me lo has concedido. Por mucho que yo haga no lograré pagarte lo que tú vas a hacer por mí.

—El caso es...

—Habla, Cinna. No te conozco. Jamás te he visto vacilar.

—Bien, puesto que es preciso hablar, voy hacerlo. Sé que esta confesión va a rebajarme ante ti. Pero es preciso que hable. Oyeme, Emilia, ¿Tú me amas?, ¿me amas de veras?

—¡ Oh, Cinna ! Cómo me ofende esa duda. Te amo como a nadie más que a mi padre amé en el mundo.

—¿ Y no tiemblos ante lo que se me acerca ?

—Sí, tiemblo. Y tú me ves temblar. Tiemblo porque temo perderte, porque pienso que mañana, en vez de Augusto, puedes caer tú sobre las losas del Capitolio. Es horrendo, es angustiioso. Créeme, Cinna, que yo no he sufrido jamás como sufro en estos momentos... Pero pienso en mi padre, en aquel hombre bueno y justo que fué víctima de la maldad de quien todo a él se lo debía... Cinna, por encima de todos mis dolores, por encima de todas mis angustias, está este amargo rencor que me corroe las entrañas.

—Emilia : paréceme estar leyendo en tu alma. Esas angustias, esas zozobras, no son tan sólo por mí, sino por el crimen que vas a cometer. Ni en mi alma ni en la tuya cabe el crimen. Tú eres una mujer amargada, yo un hombre ofuscado por el amor ; pero ni tú ni yo somos criminales... Oyeme, Emilia : yo te amo tan locamente, que he jurado sacri-

ficarlo todo por ese amor. Pero si tú me amas también, ¿por qué pones un precio tan alto a tu afecto? Vas a hacerme feliz, pero al mismo tiempo vas a hacerme infame. ¿Por qué no evitar esto? Olvida a Augusto y dejémosle con sus remordimientos. Amémonos, sin que sea un crimen lo que haya de unirnos.

Emilia, que conforme Cinna había ido hablando fué cambiando de expresión, irguióse al fin en una sacudida y dijo con labios temblorosos, pero no ya de angustia, sino de cólera :

—¿Y eres tú, Cinna, el que hablas?, ¿eres tú? Lo adivino todo. Has salido de aquí con el corazón ardiendo; pero la brisa del crepúsculo ha ido apagando esas llamas. Ya en frío, has comenzado a recordar tu conversación con Augusto. Te ofrece poco menos que su trono, te llama «hijo mío». Y estas dulces palabras te conmueven. Además, siendo tan poderoso, te habrás dicho, ¿qué dificultad habría para conseguirme a mí por esposa? El propio Augusto te promete interceder por que nuestro matrimonio se realice. Bella perspectiva: el mando de Roma y la esposa amada.

Se detuvo y habló con quebrada sonrisa :

—Pues sabe, Cinna, que ya pronuncié mi última palabra respecto a nuestro amor. Y a Augusto puedes decirle que no soy objeto que pueda cederse a cualquiera. Mi esposo será el que yo elija y no el que me destine Augusto.

Y se volvió de espaldas, con un gesto de desprecio que hizo saltar de su asiento a Cinna.

—No, Emilia, no. Estás ofuscada. Yo no he pensado en ser dueño de Roma. Yo tan sólo quiero ser esclavo tuyo.

—Ya sabes la condición.

—Eres dura conmigo y contigo misma. Tras el crimen vendrá el remordimiento.

—Ya sabes la condición—repitió Emilia obstinadamente.

—¿Crees que hablo así por cobardía?

—No, por ambición.

—¡Por ambición! ¡Qué locura! Repito, Emilia, que no ambiciono sino ser tu esclavo.

—Ya sabes la condición.

—Lo que me detiene es la conciencia del enorme crimen. ¡Ha sido Augusto tan ge-

neroso conmigo! Huyamos de Roma, Emilia. Seamos pobres en cualquier rincón del mundo, pero juntos, unidos para siempre.

—Ya sabes la condición—volvió a decir Emilia obstinadamente.

Entonces Cinna se rehizo.

—Está bien. Te juré que lo haría y lo haré. Sólo te pido una cosa: que si alguna vez te arrepientes de lo que ahora dices y haces, guardes tu pesar en el fondo de tu corazón. De lo contrario, mi pena sería tan grande, que no lograría sobrevivir a ella. Adiós, Emilia; cumpliré mi palabra. Sólo por ti, sólo por tu amor.

* * *

Próculo no volvió a rechistar. Su amo le dijo que callara y él calló.

Pero él había pedido permiso a su amo para salir, y...

Salió. Se dirigió sin vacilar hacia el palacio de Augusto. En la puerta, detúvole la guardia, pero él dijo quién era y le dejaron pasar.



— Señor : vengo a salvaros...

Conocía bien el palacio de Augusto y se dirigió sin titubeos al salón donde sabía había de hallar al emperador.

Al fin, pudo hallarse ante él y decirle :

—Señor : vengo a salvaros la vida en nombre de mi amo. Mañana, en el Capitolio, habíais de morir. Así estaba decretado. Mi amo era el cabecilla de un gran levantamiento que hubiera comenzado mañana con vuestra muerte. Pero mi amo ha visto a tiempo la luz, ha recobrado la razón oportunamente y, arrepentido, me ha enviado a deciros lo que os digo.

Augusto alzó majestuosamente la cabeza y fijó en Próculo una mirada de incredulidad.

—¿Máximo? ¿Máximo un traidor? No puedo creerte, Próculo.

—Señor : es todo tan cierto como el sol que nos alumbra. Y para demostrároslo, os diré algo más, que podréis comprobar fácilmente. El otro cabecilla revolucionario, el verdadero, pues él fué el que indujo a mi amo a mezclarse en este desdichado asunto, es vuestro protegido Cinna.

—Próculo—replicó el emperador enérgi-

camente,—mira bien lo que dices. Mira que puede costarte incluso la vida.

—Señor, ¿para qué había de mentir? ¿qué podría obtener, qué beneficio me reportaría calumniar a Cinna y a mi amo? Además, señor, no soy yo el que hablo, sino mi dueño. El es quien, arrepentido, me ha enviado a daros cuenta de todo.

Augusto dobló la cabeza sobre el pecho, lleno de pesadumbre.

—Te creo, Próculo. No quisiera creerte, pero te creo. Y esta creencia parece como si me arrancara la vida a desgarrones. ¡Cinna! ¡Máximo! Mis dos mejores amigos, mis dos hombres de confianza. Uno hubiera sido dueño de Roma, el otro, quién sabe hasta dónde habría llegado. No sé, Próculo, qué me sucede. Me siento viejo y cobarde; en vez de irritarme, de gritar y castigar como el Augusto de otros tiempos, algo que hay dentro de mí ablanda mi corazón y no experimento ira, sino pena. Siento como si hubiera perdido a un hijo y a un amado camarada.

Se sentó y ocultó la cabeza entre las manos.

—Señor—dijo Próculo discretamente—; mandadme. ¿Qué debo hacer?

—Nada. Vete. Déjame a solas con mi pena. Que llamen a mi esposa.

Fuése Próculo y a poco apareció Livia, la emperatriz.

—¡ Oh, Augusto ! ¿ Eres tú, el Augusto de la energía y la intrepidez, el que ahora te rindes a la pena de un desengaño ? Un emperador no debe hacer de sus afectos las causas primordiales de su vida. Un emperador debe pensar, sobre todo, en su imperio.

—Es mi imperio el que estaba en peligro.

—Lo sé. Próculo me lo ha contado todo. Pero, felizmente, la solución ha llegado antes que el problema. Levántate Augusto. Yergue ese pecho que siempre se ofreció retadoramente al arma del enemigo.

—Es verdad—repuso el emperador—. Debo volver a ser el que siempre fuí. Livia, vete, que voy a llamar a Cinna. Le hablaré no como protector, sino como emperador. Y hoy mismo, antes de que la noche promedie...

—Qué.

—Será castigado como merece.

—¿La muerte?

—Es la pena que le corresponde.

—Es un error, Augusto. Te dije que no fueras débil, pero no que fueras demasiado riguroso.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

Confundirlo con tu clemencia. Responde con un rasgo de generosidad a su pensamiento infame. Gana así su corazón y el de todos los insurrectos. Estos actos de clemencia son tan poco frecuentes en Roma, que no dudo del efecto favorable que ha de causar. Me voy. Llama a Cinna. Dale una lección. No creo que después de escucharte sea capaz de seguir dando en su pecho abrigo a un sentimiento revolucionario. Adiós, Augusto. Deseo verte grande, pero bueno; poderoso, pero magnánimo.

Y salió, dejando otra vez a Augusto a solas con su pensamiento.

* * *

En su morada, Emilia, continúa entregada al aluvión de sus ideas.

Cinna se ha ido decidido a cumplir su palabra. Ha tratado de hablar a su corazón, pero su corazón no le ha escuchado. Su corazón, henchido de rencores, no tiene espacio libre para la indulgencia ni el perdón. Cinna le ha expuesto su amor con palabras vehementes. ¡Cómo la ama Cinna! ¡Qué fuego el de sus ojos! ¡Qué temblor el de sus manos! «¡Para hacerme feliz quieres hacerme previamente infame!», le ha dicho.

Pobre Cinna. A todas sus palabras de amor ella ha respondido con tremendas amenazas. «Elige entre la vida de Augusto y mi amor». ha respondido ella.

Y Cinna se ha erguido, ha crispado los puños y se ha marchado para prepararse a cumplir su promesa.

—Mañana, en el Capitolio... — piensa Emilia.

En esto oye pasos y se vuelve.

Es Fulvia, que viene demudada, pálida, temblorosa.

La terrible verdad pasa por la mente de su amiga apenas ve a la joven. Comprende que

todo se ha descubierto, que la desgracia ha caído sobre Cinna... y sobre ella.

—¿Perdidos?—pregunta simplemente.

—Sí.

—¿Quién ha sido el delator?

—No sé, no sé nada. Únicamente que Augusto ha mandado detener a Cinna por conspirador.

—¡No han querido los dioses! Hubiera sido demasiada felicidad.

Y un sollozo se escapa de su garganta, pero en seguida se sobrepone, se yergue y dice con tono de reto.

—¡Ha triunfado el tirano! Pero ya sé lo que debo hacer.

—¡Emilia! ¡Emilia! ¿Qué nueva locura vas a cometer? ¿No has causado ya bastantes desdichas? ¿No te sientes satisfecha aún? Cinna será condenado al último castigo. Lo has perdido todo. El honor, el hombre amado, la libertad. ¿Qué te queda por perder aún? Entra en razón, Emilia.

—¿Razón?, ¿razón cuando la sinrazón triunfa y la injusticia reina en Roma? No, Fulvia, no. No me pidas que sea razonable

en estos momentos de dolor tremendo y loco. Augusto triunfa. La tiranía halla el favor de los dioses. Todo es luz y gloria en el palacio del emperador. Y mientras, en la tumba de mi padre, reina la fría obscuridad del no ser y en mi alma las turbulentas sombras del odio y del fracaso. No, Fulvia, no. No puedo ser indulgente. Hay demasiado fuego en mi pecho para que en él pueda tener cabida la clemencia.

—¿Ni por Cinna?

—Ni por Cinna. Mucho le amo. Sólo mi alma saba hasta qué punto la abrumba y la desgarrar el dolor de verle descubierto y próximo al castigo terrible. Mi corazón se rebela a separarse de él. Pero, sobre todos estos sentimientos, está el del fracaso. Bien sé, bien sé lo que debo hacer.

—Y yo—dijo una voz desde el umbral.

Las dos damas se volvieron.

Era Máximo, el cual avanzó hacia Emilia y le dijo :

—Tu rostro me revela que ya lo sabes todo.

—No sé sino que Cinna ha sido llamado por el emperador.

—Llamado no : prendido. Podemos dar por fracasada la revolución.

—¿Qué me importa la revolución?—dijo Emilia despreciativamente.

—Es que el fracaso de la revolución—replicó Máximo—implica otros muchos fracasos que nos afectan más directamente.

—Para mí sólo hay uno : el de la venganza de la injusticia que se cometió con mi padre.

—Hay algo más que eso, Emilia.

—Nada.

—Cinna no se libraré de la ira del emperador.

—¡Pobre Cinna !

—Y, estrechado a preguntas, nos delatará a todos. A mí, por haber compartido con él la dirección del levantamiento. A ti, por haberle inducido al crimen.

—Cinna no hará eso. Conozco a Cinna. Si hay un pecho valiente, noble bajo el cielo, ese pecho es el de él.

—No debes ser tan confiada, Emilia.

—Lo soy. No puedo dudar del hombre que me ha sacrificado su vida.

—¿Y si yo te dijera que Cinna, a estas horas, ya te ha delatado?

—No lo creería.

—¿Y si yo te asegurase y te demostrara que he dicho verdad?

Emilia vacila, retrocede. Quiere dudar, pero la firmeza con que habla Máximo se lo impide.

—¡No lo comprendo! ¡no lo comprendo!
—exclama.

—En un momento así no se es dueño de uno mismo. En este instante, Cinna, no es ya Cinna.

—No lo comprendo, no lo comprendo. Y tampoco me explico cómo el emperador ha enviado por él y no por ti. El delator os habrá señalado a ambos, porque los dos sois culpables.

—Seguramente no ha sido así, Emilia.

—¿Y no crees que tu deber hubiera sido no dejar marchar a Cinna solo? O ninguno, o los dos.

—No. Por el contrario, nos habíamos jurado previamente procurar cada uno por sí mismo llegado un caso así y no delatarnos

unos a los otros, aunque se recurriera al suplicio para hacernos hablar.

—¿Y qué vas a hacer, entonces?

Huir. Una pequeña embarcación nos espera a orillas del Tíber.

—¿Nos espera?

—Sí, Emilia. Esta es la causa de que haya venido a hablarte... Salva tu vida. El emperador no perdonará tu traición, así como no perdonará la mía. Sálvate, salvémonos. El Tíber y las sombras son un seguro camino de fuga.

Emilia se quedó mirando a Máximo fijamente, cual si no pudiera dar crédito a sus oídos ni a sus ojos.

—¿Huir? — exclamó—. ¿Huir, después del tremendo fracaso? ¿Pensar en nuestras vidas cuando la de Cinna está en peligro? ¿Que piense yo en mi vida cuando nadie pensó en la de mi padre? Máximo, si no estuvieras delante no podría creer que era un hombre el que me habla así. Yo soy mujer, y ya ves: la sola idea de una fuga me avergüenza. ¿Qué es el valor, entonces? ¿Dónde está el

valor? No le veo. ¿Dónde se esconde, que pareceme que el mundo está vacío de él?

—No es cobardía, Emilia; sino prudencia. Estamos a punto de perderlo todo. Si supiéramos que mediante el valor podíamos defender algo de lo que por derecho propio nos pertenece, bien que fuéramos valerosos. Pero el valor no nos va a servir de nada. ¿Qué puede un pobre ser humano, por heroico que sea, contra una cadena que no hay fuerza en el mundo que pueda romper? ¿Acaso mis brazos podrían defenderse de cien lanzas a un tiempo? No, Emilia, no. A un prisionero de Augusto no le sirve el valor de nada. Equivaldría a querer luchar contra todo un ejército, a afrontar una nueva y humillante derrota. Huyamos, Emilia.

—Huye tú. Yo no quiero huir. Lo prefiero todo a abandonar a Cinna en trance tan angustioso. Huye tú.

—¿Yo? ¿yo sólo?... Emilia, no me has comprendido. Sin ti, ¿qué me importa la vida?

—¿Sin mí? ¿Qué dices? No comprendo.

—Digo que te amo, Emilia, que te adoro

desde siempre, que sólo por ti, jugándome la vida, me he mezclado a los insensatos proyectos de revolución que tú inspiraras a Cinna. Quería que me vieras valiente, famoso, en pleno triunfo. Quería poder ofrecerte algo más que el cargo de gobernador de una provincia. A tus pies hubiera puesto toda mi gloria y todas mis riquezas. Por ti, Emilia, sólo por ti lo hice todo...

La dama, a quien las palabras de Máximo iban desconcertando cada vez más, llevóse las manos a la frente, enclavijó sobre ella los dedos como si a zarpazos quisiera introducir la luz en su inteligencia, y al fin dijo :

—Cuanto más pienso en lo que acabas de decirme, más vil y rastrero me pareces. ¿Y tú te llamabas amigo de Cinna? ¡Oh, ingratitude! ¡Oh, perfidia desatada! No sólo le abandonas, sino que pretendes robarle lo único que en estos momentos de angustia le queda : el amor.

—Triste amor—intervino Fulvia—. Inmenso y bello amor. Cerca de la muerte debe ser más hondo el sentimiento, más pura la pasión. Es como una despedida, como una dul-

amente angustiosa despedida, enviada entre lágrimas al objeto amado. Cinna, Cinna, ¡cuán desdichado eres! ¡Qué desgarramiento interior sentirás al advertir que a la fuerza te separan de lo que por no separarte hiciste el mayor sacrificio! Debe de ser como si una mano escarbara en tu pecho, en busca del corazón para hallarlo al fin y arrancarlo como se arranca una rosa abierta.

—Te amo, Emilia—interrumpió Máximo.

—Calla. ¿No te queman los labios esas palabras infames? Calla y aléjate de mí. Eres tan vil que te compadezco. ¡Cuán grande me parece Cinna ahora, al compararlo contigo! Vete, vete. No creo nada de lo que has dicho. Todo ha sido un ardid para robar a Cinna lo que le pertenece. ¡No quiero verte, no quiero verte!

—Es el amor, Emilia. ¡Te adoro tanto!

—¡Calla!—rugió la doncella—. Si no me obedeces, si no te vas, llamaré a mis esclavos para que te azoten como a un perro.

Llameaban sus ojos. Su pecho jadeaba. Máximo, derrotado, humillado, salió del salón y de la casa con la mirada abatida.

Emilia levantó los ojos y dirigió a Fulvia una mirada llena de firmeza.

—Vamos—ordenó.

—¿Adónde?

—Al palacio de Augusto.

—¿Qué pretendes?

—Salvar a Cinna.

Fulvia quiso decir algo, pero Emilia lo evitó saliendo delante.

* * *

Cuando Augusto supo que Cinna había llegado, sentóse en su regio sillón, hizo preparar otro frente a él, y dió orden de que entrara el insurrecto.

Apareció Cinna en el umbral. Nada en su exterior denotaba la íntima tragedia por que estaba pasando. Tenía la cabeza erguida. Muy grave, como quien sabe que va a afrontar un momento difícil, avanzó hasta colocarse al lado de Augusto y dijo:

—Mandadme, señor. ¿Qué deseáis de mí?

—Siéntate, Cinna, y escucha sin interrum-

pirme. Prométeme que mientras yo hable, no saldrá de tus labios una palabra. ¿Me lo prometes?

—Os obedeceré, señor.

—Bien, pues voy a hablar, no al insurrecto sino a Cinna. Tus padres, como tú no ignoras, fueron enemigos míos. La política tiene exigencias ingratas que un emperador no puede eludir. Decía que tus padres eran enemigos míos, y tú, por lo tanto, ya naciste con esa enemistad dentro del alma. Me odiabas sin saber por qué y con la misma inconsciencia seguiste odiándome cuando quedaste huérfano. Viendo esto, este odio de tu alma tierna que hería mi corazón, te hice mi prisionero. Pero ¿para qué? Para cuidarte y quererte como a un hijo, para ir borrando a fuerza de dulzura el rencor ciego que turbaba tu espíritu. Así, a mi lado creciste y junto a mí fuiste obteniendo todo la que has llegado a obtener. Te hallabas ya muy cerca de la cumbre, en las últimas gradas. Un paso más, y toda Roma hubiera recibido el reflejo de tu esplendor. El mundo hubiera sido tan tuyo como mío. En toda mi vida no he hecho sino prote-

gerte, sacrificarme por ti. ¿Y es este el pago que das a las innumerables pruebas de cariño que has recibido de mí? Contesta, Cinna. Ahora deseo que hables.

—Nada diré. Sólo que merezco el más cruel de los castigos, que reconozco cuánta ha sido mi maldad.

—¿Pero, por qué?

—No diré nada, señor. No sé por qué hice lo que hice. Sólo sé que he cometido un tremendo crimen y que por ello merezco un tremendo castigo.

—Te ruego, te imploro que hables.

Cinna había abatido la cabeza, dispuesto a no contestar, pero lo hizo por él una voz que llegó desde la puerta.

—Yo hablaré por él, señor.

Y Emilia, que ésta era la que había hablado, avanzó con paso firme hacia Augusto. Cinna trató de levantarse, pero la joven le detuvo con un gesto.

—Silencio, Cinna—dijo después—. No es a ti a quien corresponde hablar.

Y añadió dirigiéndose al emperador:

—Señor: yo he sido la culpable de todo.



— Yo hablaré por él, señor.

Yo la que provoqué la insurrección indirectamente, yo la que decreté vuestro asesinato.

Augusto se estremeció. Tan profundamente conmovido estaba, que no acertó a formular réplica ninguna.

Emilia prosiguió :

—Sí, yo fuí. Cinna me amaba, y era tan ciego su amor que comprendí que por mí llegaría a cometer los mayores sacrificios. Y entonces concebí un funesto plan. Llamé a Cinna y le dije: «Para que yo consienta en ser tu esposa, has de vengar a mi padre, has de matar a Augusto, que fué el que ocasionó su muerte». Esto ha sido todo, señor. Cinna, ciego por la pasión, estimulado por mí, buscó la forma de llevar a cabo el propósito. De aquí nació la conspiración.

Augusto estuvo un instante contemplándola con ojos alhelados. Al fin halló fuerzas para balbucir :

—¿Todavía ese odio, Emilia? ¿Hasta cuándo va a durar ese rencor tan impropio en un corazón como el tuyo? Como a una hija te he tratado. Lo mejor que hay en mí te he

ofrecido. Y tú, a mis bondades, a mi afecto paternal, respondes...

—Como vos respondisteis a mi padre.

Augusto, herido en lo más hondo de su corazón, ocultó el rostro entre las manos, a punto estaba de romper a llorar como un niño, cuando Cinna se puso en pie y exclamó :

—Señor : no creáis lo que Emilia dice. Habla así por atenuar mi delito. Pero es lo cierto que toda la culpa debe recaer sobre mí. Yo fuí quien, deseoso de obtener su amor o, cuando menos, el consentimiento de que yo la amara le ofrecí vengar a su padre, sabiendo que era este un medio seguro de seducirla. Ella no aceptó, mas yo insistí. Le hablé de imaginarios tormentos, aplicándoselos al padre difunto ; exageré vuestra severidad hasta convertirla en tiranía ; le recordé los primeros días de la dolorosa separación. No, no es ella la culpable. Sólo soy yo, sólo yo debo ser castigado.

Irguióse fieramente Emilia.

—¡ Qué dices, desventurado ! ¿ Cómo tienes valor para mentir tan deliberadamente ? ¿ Fuiste tú y hoy mismo me has estado su-

plicando que te impusiera otro sacrificio, aunque fuera el de tu propia vida, con tal de no matar a Augusto?... Señor: creedme. El os ama. Todo lo hizo cegado por el amor que me tiene y porque yo se lo pedí.

Protestó Cinna. Sostuvo Emilia sus palabras, y enredados estaban en violenta discusión, cuando entró Máximo, el cual, silencioso, humilde, abatido, fué a detenerse ante el emperador.

—¡ Oh, Máximo ! ¡ mi único amigo !—exclamó el emperador al verle—. Sólo tú has sido fiel a mi afecto, pues te has arrepentido a tiempo del loco crimen que ibas a cometer. Me has salvado la vida. Por esta causa mi reconocimiento será eterno. Sigue siendo mi amigo, consuélame de esta soledad en que los demás me dejan.

Pero Máximo permanecía inmóvil, severo, inconmovible.

Dijo al fin :

—No, Augusto. Tampoco yo soy digno de que me llaméis amigo vuestro. Soy un traidor : de vos y de los míos. De vos, porque contra vos conspiré ; de los míos, porque los de-

laté, no arrepentido de mi crimen, sino con el deseo de deshacerme de Cinna. Yo también amo a Emilia, señor, y los celos me han arrasrado al cumplimiento de las mayores ruindades. Obré deliberadamente. Yo fuí quien con más ahinco pedí que corriera vuestra sangre. No me llaméis amigo, Augusto.

El emperador se levantó de su asiento. Se debatió cual si quisiera sacudir de sus hombros el peso de su insoportable pesadumbre, y volvió a derrumbarse cual si las piernas se negaran a sostenerle.

Al fin levantó la cabeza y otra vez se puso en pie, pero ahora con decisión, con dominio de su persona, con aquella arrogancia que fué tantos años su principal característica.

—¡No, no me dejaré vencer!—exclamó
—¡Quiero que mi alma noble ahogue todas vuestras maldades! ¡Quiero guiaros!... ¡Quiero venceros a fuerza de bondad! Os amo y os amaré siempre. Tú Máximo, vete a Sicilia a ocupar tu puesto de gobernador y sigue llamándote amigo del César. Vosotros, Emilia y Cinna, casaos y recibid también mi perdón. Así respondo yo a los que han queri-

do asesinarme... y tal vez sigan deseándolo.

—No—exclamó Cinna—. Primero mi sangre que la vuestra.

Y conmovido, aturdido por tanta bondad, se arrodilló ante Augusto y besó el borde de su manto.

Máximo ni siquiera a eso se atrevió, tan grande era su arrepentimiento y tan sincero su deseo de ser castigado.

La propia Emilia, desconcertada por aquella lección de generosidad, no se atrevía a levantar los ojos del suelo.

Pero Cinna se puso en pie, abrazó a Máximo y tomando después la mano de Emilia, aproximó a ambos al emperador para que le rindieran el homenaje de su gratitud y de su cariño, un cariño que ahora permanecería indeleble de por vida, porque se había forjado al calor de la infinita clemencia de Augusto.

EL MARTIRIO DE POLIEUCTO

Cuando Félix, el senador romano, dió a su hija Paulina la noticia de que el emperador—en aquel entonces Decio—le había nombrado gobernador de Armenia, la joven, lejos de alegrarse, se sintió poseída de una profunda tristeza.

Félix no podía comprender esta actitud tan impropia del feliz momento y así lo manifestó a su hija.

—Padre—repuso ésta—, me entristece el pensar que habré de separarme de Roma, de esta Roma que ha sido testigo de todas mis venturas. ¿No te produce a ti pena tener que abandonar las cosas queridas?

—Ciertamente. Muy dolorosa ha de serme la separación, pero pienso que ésta no ha de ser definitiva y en la inmensa alegría que sen-

tiré cuando vuelva a ver a mi querida Roma.

—¿Y cuándo habremos de marchar, padre?

—Pronto, hija ; muy pronto.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo.

Paulina no replicó esta vez. Se puso pálida, llevóse las manos al pecho y vaciló como si estuviera ebria.

Su padre la auxilió, rodeándola con sus brazos, y ella entonces, con súbito enternecimiento, rompió a llorar desconsoladamente.

—Pero, ¿por qué ese llanto? Algo te sucede, hija mía, algo que no me has dicho aún. Vamos, ¿no tienes suficiente confianza en tu padre para contarle todos los secretos de tu corazón?

Paulina se enjugó al punto los ojos y repuso obstinadamente.

—Nada me sucede. Mi llanto no tiene otra causa que la que ya conoces.

Félix se encogió de hombros y dijo resignadamente.

—Más vale así.

Y salió de la estancia, dejando en ella sola a Paulina con sus tribulaciones.

La joven, entonces, fué en busca de sus tablillas y de su *styl* y escribió :

«Amado Severo : cuando esta carta llegue a tus manos, acaso me halle yo más cerca de Armenia que de Roma. Decio, al nombrar a mi padre gobernador de esta región, levanta inconscientemente entre nosotros una barrera de hielo. Más vale así. Puesto que estos amores habían de terminar, que concluyan ahora. Tú te hallas lejos de mí y el dolor de la separación es así más soportable. ¿Qué por qué juzgo que era necesario separarme de ti? Porque nuestro matrimonio se me aparecía cada vez más irrealizable. ¿Quién eres tú? Un valiente soldado. Pero, ¿es esto suficiente para que mi padre te acepte por yerno? No, y menos ahora, que el emperador da cima a la protección que le dispensa confiriéndole un cargo tan importante. No, Severo ; no habríamos podido casarnos nunca. Nuestro amor hubiérase estrellado contra formidables escollos. Que mi padre me designe el marido que deba tener. Yo, aun-

que no le ame como te amo a ti, lo aceptaré como todo cuanto viene de mi padre y habla a mi conciencia del deber. Que los dioses te den fuerzas para soportar esta crueldad del destino con el mismo heroísmo que lo acepto yo. Sigue luchando como un valiente soldado. El emperador se dará al fin cuenta de tus méritos y obtendrás el premio que merecen tu intrepidez y tu generosidad. Adiós, pobre amor mío. Cuando las brisas soplen de Oriente, aspíralas, que va con ellas un largo suspiro de nostalgia de tu desdichada,

»Paulina.»

Escrito el mensaje, buscó el esclavo que lo llevara a su destino y comenzó a preparar sus cosas para el largo y triste viaje.

II

En Armenia pronto halló Paulina una amiga fiel que la distrajera de sus angustias. Llamábase la tal amiga Estratonice y era buena y dulce, aunque adolecía de un gran defecto, muy frecuente en aquella época. No creía en la religión cristiana, sino que adoraba a los dioses paganos.

Tan sólo hacía doscientos años que el Hijo de Dios había traído la verdadera religión a los hombres, y éstos, siempre ciegos, torpes y fanáticos, se negaban, en su mayoría, a aceptar el santo misterio del advenimiento de Jesús. Es más, los emperadores romanos, celosos de aquel superhombre que tan ejemplarmente había muerto en Tierra Santa, hacían a los cristianos objeto de una persecución indigna. La generosidad de aquella religión que se basaba

en el amor y el bien era incompatible con la egolatría de los grandes personajes romanos, que pretendían ser venerados como dioses.

No obstante, la semilla estaba sembrada. Aquel hombre maravilloso que escaló el Calvario con una cruz a cuestas y con las espaldas desgarradas por los plúmbeos látigos judíos, había ido regando con sangre una tierra que había de dar el santo fruto de la religión única y verdadera.

Además de Estratonice, muchos eran los armenios que pensaban como ella, y éstos eran los sentimientos que tenían todos los romanos, sin excluir a Paulina ni a su padre.

Pero en Armenia había un caballero que el pueblo distinguía por su talento y por la elevada posición que ocupaba en aquella sociedad. Y este caballero era un cristiano convencido, un adepto apasionado del mártir de Nazareth.

Poco, aparte el Dios único, atraía su atención y conmovía su alma. Pero cierto día se cruzó en una calle con Paulina, que era conducida en su silla de mano, y al punto quedó prendado de ella.



— Señor : amo a vuestra hija.

La bondad que revelaban sus ojos, la dulce belleza de aquella faz, el gentil continente de su cuerpo, cabello ondulado y negrísimo sujeto con cintas de plata, toda ella, en fin, había dirigido a su corazón una llamada certera.

Y el caballero hizo la corte a Paulina y se decidió a hablar con el senador romano que gobernaba a Armenia.

Se dirigió sin vacilar a su palacio y pidió audiencia con Félix.

Cuando éste oyó el nombre del visitante le hizo pasar al punto, y el caballero, correcto, respetuoso, pero sin perder por ello su particular sello de nobleza, dijo al gobernador :

—Señor : amo a vuestra hija. No la he tratado, pero me ha bastado con ver sus ojos para formarme una idea exacta de que mejor esposa no la podré hallar en el mundo. Soy Polieucto. A buen seguro tendréis ya informes de mí y sabréis que soy un hombre honrado. Señor : ¿me dais a vuestra hija por esposa?

Félix, que había escuchado con rostro amablemente severo las declaraciones de Polieucto, permaneció un instante silencioso y dijo al fin :

—Sí, he oído hablar de vos. Sé que sois, no sólo uno de los varones de mejor estirpe entre todos los que pueblan la Armenia, sino que también os distinguís por otros muchos méritos personales. Si esta boda sólo dependiera de mi voluntad, os diría en este mismo momento : «Tomad a mi hija ; casaos con ella». Pero es ella la que se ha de unir a vos de por vida y a ella, por lo tanto, corresponde decidir. Yo se lo consultaré. Volved mañana y tendréis una contestación definitiva. Lo que sí puedo ya aseguraros es que, acceda o no Paulina a vuestra demanda, en mí tendréis siempre un amigo.

—Señor—repuso Polieucto conmovido por tanta bondad— : no sé cómo pagaros ese rasgo de generosidad que tenéis para conmigo.

—Pregonando en Armenia la fidelidad que debe tenerse a Decio, el emperador, y a mí, que soy su representante.

—Así lo haré, señor.

Pronunciadas estas palabras, saludó respetuosamente a Félix y salió del palacio con el corazón henchido de gozo.

Félix reclamó en el acto la presencia de su

hija, y cuando ésta compareció, le preguntó sin rodeos :

—¿Te sientes dispuesta a casarte?

Paulina tuvo un gesto de dolorosa sorpresa. La gran impresión recibida se reflejó en la intensa palidez que adquirió su rostro y en lo desmesuradamente que abrió sus ojos negros.

Pero la expresión de su semblante cambió de súbito y Paulina respondió con tono resignado :

—Quiero lo que tú quieras, padre.

—Yo no quiero sino tu bien. El caballero Polieucto me ha pedido tu mano, y como le considero digno de ti, te recomiendo que accedas a su demanda.

Paulina, sin levantar la vista del suelo, respondió :

—Accedo, padre. Comprendo que tú no puedes ofrecermé para esposo sino un hombre que haya de hacerme dignamente feliz.

—Así es, hija mía. Mucho me complace tu determinación, pero aún me complacería mucho más si la expresaras con tono más alegre.

Paulina nada repuso. Permaneció triste y

con la cabeza abatida, y como su padre insistiera en averiguar la causa de aquella pesadumbre, ella trató de hablar sin conseguir más que prorrumpir en sollozos.

Félix la rodeó con sus brazos y comenzó a prodigarle palabras de consuelo. Y Paulina, de súbito, comenzó a decir atropelladamente :

—Te lo voy a contar todo, padre. Yo tenía un amor. Severo, valiente y noble soldado que se distinguió en tantos combates como interviniere, habíase apoderado de mi corazón. Cuando partimos de Roma, él estaba ausente, en una campaña de la que pronto había de regresar. Esta fué la causa de mi pena cuando me dijiste que habríamos de venirnos aquí. Hice acopio de fuerzas y le escribí una carta en la que le decía que me olvidara. Su contestación me ha llegado hace unos días. Hela aquí. Si quieres comprender hasta qué punto me amaba, toma, léela.

Entregó a su padre la carta y éste leyó :

«Paulina de mi alma : Hasta después de haber recibido tu carta puede decirse que no he sabido lo que era sufrir. Sufrir es esto, este

negro mar de dolor en que ahora me hallo sepultado, esta locura, este desgarramiento íntimo. Paréceme haberme hundido en un abismo sin fondo. Creo hallarme en un mundo vacío en el que nada tiene significación. ¿Qué puede importar ya la vida? Puesto que así lo quieres, separémonos. Pero no pretendas que afronte con serenidad esta inmensa catástrofe interior. Nunca fuí cobarde, nada contuvo jamás mi brazo. Mas lo que antes era valor, será ahora locura. El valiente de antes será ahora un león de ciega fiereza. Combatiré al frente de todos y con el pecho descubierto. Espero que la muerte aliviará esta tortura que es en mis entrañas como una afilada y ardiente hoja de acero. Hasta nunca, Paulina. Recuerda siempre que te he amado como nadie te amará jamás.

»Severo.»

Devolvió Félix a su hija la fina lámina y esperó oír el final de la historia.

—Y hoy, padre—contestó Paulina—, he sabido que Severo ha hallado en la guerra la anhelada muerte.

Otra vez el llanto se agolpó en su garganta y de nuevo le dió suelta buscando el refugio de los brazos paternos.

Félix respetó este dolor de su hija, pero al fin dijo :

—Hija mía, hay que acatar con humildad la voluntad de los dioses. Ellos han querido que tu esposo sea Polieucto y Severo muera por ti. Cálmate y busca consuelo en la idea de tu felicidad futura.

Al día siguiente dió a Polieucto la anhelada respuesta y días después se casaban.

Fué una fiesta espléndida. No hubo armenio que no rindiera su homenaje al caballero Polieucto y a la hija del gobernador.



... otra vez el llanto se agolpó...

III

Polieucto no se dió cuenta del conflicto que se creaba casándose con Paulina. No pensó en los problemas religiosos que iban a surgir entre él y su esposa. El amaba al Dios único, al verdadero, al que envió a Jesús a la tierra ; ella a mil ídolos distintos, de piedra o de madera ; que constituían un escarnio para la religión verdadera.

Bien es verdad que Polieucto era prudente y no hacía ostentación de sus sentimientos. Pero llegó un día en que el problema se presentó de modo inesperado y tremendo.

Polieucto tenía un amigo llamado Nearca, el cual era uno de los más fervorosos propagandistas del Cristianismo. Este no se ocultaba para exponer sus ideas, y tan entregado a ellas estaba, que a ellas lo sacrificaba todo.

Con el noble orgullo del que sabe que realiza una buena obra, predicaba la doctrina de Cristo y dedicaba todos sus esfuerzos a enriquecer las almas con el esplendor de la religión única.

Este amigo ejercía sobre Polieucto una grande y beneficiosa influencia. Todos sus temores, todas sus debilidades, se desvanecían ante el verbo cálido y apasionado de Nearca.

El fiel discípulo de Cristo iba frecuentemente a casa de Polieucto y entregábase con él a largas y jugosas especulaciones mentales.

Cierto día, Polieucto, apenas se levantara, tuvo con su esposa una conversación inquietante.

—Polieucto—dijo Paulina—. Esta noche he tenido un terrible sueño. Te he visto con la cabeza ensangrentada y exánime en el suelo.

El esposo se impresionó, pero creyó necesario disimular para dar ánimos a su mujer.

—¡ Paulina, Paulina ! Esos temores son impropios de una mujer inteligente como tú. Verás como no me sucede nada a pesar de lo que has soñado. También yo sueño cosas que no tienen jamás realización.

Paulina no se dejó convencer.

—De todas formas, esposo mío, deseo pedirte una gran merced : no salgas hoy del palacio.

—Quisiera obedecerte, pero...

—¡ No, no !—exclamó Paulina echándose a llorar—. Hazme este favor. Sufriría demasiado.

—Tengo mis deberes, Paulina.

—Y uno de ellos es no hacer sufrir a tu esposa.

—¡ Paulina !

—¡ Qué horror, Polieucto, qué horror ! La visión que he tenido de ti ha sido espantosa. ¡ No quiero verte en la realidad como te he visto en sueños !

Y redobló sus sollozos, tan hondos, tan sentidos, tan desgarradores, que Polieucto no pudo menos de conmoverse.

Acercóse el noble esposo a Paulina y acariciando aquella negra cabellera que tanto amaba, dijo con tono consolador :

—¡ No llores más, no llores más, frágil corazón ! Ve tranquila, que hoy no saldré de palacio.

Y él mismo la levantó del sillón en que habíase derrumbado y la acompañó hasta la puerta.

Hizo esto porque sabía que Nearca iba a llegar de un momento a otro y no le agradaba que se encontrara con su esposa.

Efectivamente, transcurridos unos instantes, un esclavo entró a anunciarle la visita del amigo, al cual se dió en el acto franca entrada.

—¡Polieucto!

—Amigo mío, llegas a tiempo. Acabo de oír de labios de mi esposa una terrible profecía.

—Las profecías son don exclusivo de los profetas.

—Oyeme, atiende; es horrible. Paulina ha soñado que yo estaba tendido en el suelo y con el rostro cubierto de sangre.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—No puedo menos de dejarme impresionar y contagiar de la desesperación de mi esposa. ¡Si la hubieras oído! Lástima daba.

—Hay que ser fuertes, Polieucto. Toma ejemplo de Aquel que regó con su sangre el Calvario y llegó a la cumbre con la convicción

suficiente para decir : «¡ Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que se hacen !».

—¿Es tan absorbente la religión, Nearca, que es preciso dejar de amarlo todo para amar sólo a Dios?

—Tan sólo hay que amarle a El sobre todas las cosas.

—Entonces, puedo amar a Dios y amar a mi esposa, la cual, arrasados los ojos de lágrimas, trémulas las manos, acaba de manifestarme sus temores.

—Tu esposa es una desdichada idólatra.

—Pero yo la amo.

—Amarla es tu deber, más también debes sacrificarlo todo por el amor a Dios.

Y como Polieucto doblara la cabeza sobre el pecho, acobardado por la tremenda idea de sacrificar el hondo afecto que profesaba a Paulina, Nearca añadió, cada vez con más brío :

—Polieucto, te hallo cada vez más débil, cada vez más dominado por los equivocados seres que te rodean. Y es preciso que te impongas, que triunfe en ti la verdad. Polieucto, sé lo que eres ; que ese buen cristiano que llevas dentro surja al exterior ; que

nada ni nadie empañe tu fe religiosa. No temas ser cristiano y teme dejar de serlo. Estás en un gran peligro. Tu amor hacia tu esposa debilita ese otro gran amor que llevas en el alma. Imponte Polieucto.

Este quedó un momento absorto, pero, de súbito, dominado por una fuerte pasión, por un arrollador sentimiento que iluminaba su alma buena, alzó el rostro y dijo :

—Sí; es necesario vencer. También yo siento dentro de mí este inmenso amor a Dios que lo llena y lo apaga todo. Sí, Dios mío : Tú ante todo, Tú el primero, Tú el rey y el maestro, el guía y la luz, la verdad y la belleza...

Y asiendo un brazo de su amigo, añadió con el mismo tono ardiente :

—Vamos, Nearca. Mi esposa quiere que no salga de palacio en todo el día, pero yo quiero salir, quiero demostrarle a ella y demotrar al mundo que no soy débil, que mi fe me da fuerzas para vencerlo todo. Vamos, Nearca.

—¿Dónde?

—A ese templo de la idolatría donde se hacen sacrificios inútiles y se adoran mil fal-

sos dioses. Ahora verás quién es Polieucto y hasta dónde llega mi fe. Voy a arrojar a la faz de los idólatras la verdad de su gran error ; voy a gritar con todas mis fuerzas que Dios sólo hay uno.

—¿Sabes que te expones a morir?

—También murió Jesús, y sufriendo terriblemente.

—Tu suegro, por orden del emperador, persigue despiadadamente a los cristianos.

—Que Dios le perdone.

—Vamos, pues. Ahora, eres el verdadero Polieucto.

Y éste y Nearca, salieron del palacio, rompiendo la prohibición de Paulina.

* * *

Aquel día fué rico en acontecimientos. Momentos después que Polieucto y Nearca salieran de palacio, presentóse a Paulina una esclava con el recado de que cierto caballero la deseaba ver.

—¿Quién es?

—No me dijo su nombre. Tan sólo me aseguró que es amigo vuestro.

—¿Tiene aspecto de romano?

—Por tal lo he tomado.

—Hazlo entrar.

Y la esclava se fué.

Inmediatamente apareció en el umbral una figura bien conocida de Paulina, pero ante la que ésta quedó tan perpleja como si estuviera viendo a un ser del otro mundo.

—¡Severo!—exclamó.

—Sí, Severo—respondió éste—, Severo, que no murió como fué creencia general, sino que ha renacido a una nueva vida, colmada de bienestar y gloria.

—¡Severo!—volvió a exclamar Paulina, desconcertada aún por la tremenda impresión.

—Se me creyó muerto cuando no estaba más que prisionero. Había hecho un combate brillantísimo y esto contribuyó a que mi nombre corriera de boca en boca como el de un héroe. Enterado el emperador, ordenó que se me tributaran todos los homenajes que corresponden a un difunto ilustre. Pero he aquí que



... a un ser del otro mundo.

logro escapar y reaparezco en el campamento de los romanos. La alegría y el entusiasmo fueron tan desbordantes que de nuevo repercutió mi nombre en Roma. El emperador entonces, me mandó llamar y me colmó de honores. Soy uno de sus hombres favoritos; ante mí se abre un brillante camino.

Se detuvo para que Paulina se diera bien cuenta del significado de sus palabras, y añadió:

—Tan pronto como me vi grande, eminente, glorificado por la opinión pública, me vine a Armenia, para ofrecértelo todo a ti. Ahora ya no me rechazará tu padre. Gozo de una situación brillante, tengo un magnífico porvenir. Dime Paulina: ¿sigues acordándote aún de aquel bendito amor que a ambos nos hizo felices?

Paulina fué a decir algo, pero no acertó a pronunciar palabra. Le faltaba el valor para dar a Severo la tremenda noticia. Severo no sabía que se había casado. Severo, lleno de esperanza, al verse rico y poderoso, su primer pensamiento era para ella. ¿Cómo arrebatarse de golpe hasta el último átomo de

aquella esperanza naciente? ¿Cómo corresponder a su generosidad con nueva tan dolorosa? No, no tenía valor.

—¿No me amas ya, Paulina?—preguntó el soldado viendo la tristeza que velaba el rostro de la que él creía soltera—. No, no me amas ya—replicó.

Y entonces fué cuando Paulina repuso:

—No puedo amarte.

—¿No puedes? ¿Qué te lo impide?

—Pues me lo impide... mi esposo.

—¡Tú esposo!

—Sí, Severo; estoy casada.

Severo dió un paso atrás, aturdido, vacilante como un beodo.

—¡Casada!

Y se llevó las manos a las sienes y se las apretó como si temiera que se le fueran a saltar.

—¡Casada!

Se dejó caer en un sillón y allí estuvo no supo cuánto tiempo. Sólo volvió a la realidad al oír la voz apagada de Paulina.

—Te dimos por muerto—quiso disculparse.

—Vana excusa—replicó Severo alzando el rostro—. Tú me habías dejado de querer cuando yo vivía aún.

—¡Dejarte de querer no!—protestó Paulina—. Rompí contigo porque era preciso romper. Pero yo no traicioné a tu amor. Hablé franca y noblemente.

Severo, tras una pausa, volvió a pronunciar la palabra tremenda.

—¡Casada!

—Severo, así lo ha querido el destino. No tratemos de rebelarnos contra lo que es más fuerte que nosotros. Resignémonos.

—Pero, ¿quién es tu esposo?

—Polieucto, uno de los más nobles caballeros de Armenia.

—¿Le amas?

—Amarle es mi deber.

—Pero el amor se impone a los deberes—exclamó Severo, cuya pasión no reconocía frenos de ninguna especie.

—Pues hay que luchar para que no sea así, hay que luchar para que nuestro corazón marche de acuerdo con nuestra mente

y para que, en caso de lucha, triunfe ésta de aquél.

—Pero tú no amas a tu esposo.

—Sí, le amo.

—Te has impuesto el deber de amarle.

—Y al fin este amor se ha convertido en verdadero.

—¡Qué locura! ¡Qué dolor!

—Severo, que tu heroísmo no se limite sólo a la lucha en el campo de batalla: sé héroe también para las cosas de la vida. Vete; huye de mi lado. No nos volvamos a ver.

—No puedo, Paulina, no puedo.

—Entonces me veré precisada a dejarte. Mi padre me espera.

Iba a salir cuando Severo la detuvo.

—No, ya me marchó yo. Queda tú aquí. Que los dioses te protejan.

Paulina, inmovible el rostro, los ojos impávidos, le vió marchar, alejarse.

Cuando se sintió sola, experimentó su semblante un repentino cambio. Los párpados se abatieron, la facciones se relajaron.

Poco a poco se llevó las manos al rostro y se echó a llorar.

Era que la voluntad rompía el cerco que le había puesto al dolor.



No sabía el tiempo que llevaba llorando, cuando su pensamiento, que no por eso permanecía ocioso, le presentó una inquietante idea. ¿Y Polieucto? ¿Qué había sido de él? ¿Dónde estaba? ¿Habría salido del palacio desoyendo sus súplicas?

Una súbita desazón la movió a levantarse y dirigirse al umbral para averiguar si Polieucto había salido, pero Estratonice, que llegaba en este momento, se lo impidió.

La fiel amiga venía pálida y descompuesta. Todo en ella acusaba que algo grave acababa de suceder.

—Polieucto.. —comenzó a decir.

—¿Qué?— demandó ávidamente Paulina.

—¿Se ha encontrado con Severo? ¿Ha muerto a manos de su rival? Ya le dije yo que no saliera de Palacio. No, no me engañó mi sueño.

Pero Estratonice movía negativamente la cabeza.

—Nada de eso ha sucedido.

—Entonces, esa actitud tuya...

—Polieucto está vivo, pero le ha sucedido lo peor que podía sucederle.

—¿Qué es ello? ¡Habla, Estratonice!

—Pues que Polieucto y Nearca han promovido un motín en el templo. Han insultado a nuestros dioses y han proclamado su fe cristiana. Parecían locos. Nada ni nadie les conseguía hacer callar. Desafiaban a la multitud con un sorprendente desprecio a la vida. «¡Sólo hay un Dios, sólo hay un Dios!» repetían. Y a continuación, comenzaba a lanzar insultos contra nuestros ídolos.

—¡Pobre Polieucto!

—¿Le compadeces? ¡Ha insultado a nuestros dioses, Paulina. Pone a tu padre en el trance de decretar la muerte de su yerno.

—¡La muerte! No, Estratonice, no. ¿Por qué?

—¡Oh, Paulina! ¿Ignoras que Decio dicta cada vez medidas más severas para ahogar el Cristianismo? ¿Ignoras que tu padre tiene orden de perseguir sin compasión a los cristianos?

—Pero mi padre no puede matarle. Es su yerno.

—Nearca ya está sentenciado.

—¿Y Polieucto?

—Polieucto está en libertad, pero el pueblo pide también que se le aplique el mismo castigo. A pesar del cariño que Felix profesa a Polieucto no creo que pueda esquivar el deber de imponerle el castigo que corresponde. De no hacerlo así, Decio desahogaría contra tu padre toda su ira.

—¡Oh Estratonice! Cuánto conflicto, cuanto dolor! Pero, ¿dónde está Polieucto?

—Debe de estar en sus habitaciones. Al salir del templo vi que se dirigía hacia aquí.

—Ve a buscarlo. Yo no podría. Me faltan las fuerzas. Dile que le espero aquí, que debo hablarle...

—¿Qué pretendes?

—Hacerle entrar en razón.

—No lo lograrás. Esta' ciego.

—Lo procuraré y pondré en el empeño todas las fuerzas de mi alma. Después hablaré con mi padre.

—Voy en busca de tu esposo. Que esos dio-

ses que él ha hecho objeto de sus insultos te inspiran las palabras salvadoras. Voy en su busca.

—¿En busca de quién?—exclamó en este instante Polieucto, que lo había oído todo y esperaba el momento oportuno para entrar.

—¡Polieucto!

—Aquí me tienes, Paulina. Me buscabas, ¿verdad?

—Sí, esposo mío. ¡Qué fatal castigo ha caído sobre mí! ¿Qué hice yo para provocar la ira de los dioses? Todo son dolores para mi alma. ¡Polieucto, esposo mío, entra en razón!

—Jamás fuí tan razonable como ahora. La luz ha entrado en mi alma a raudales. ¡Qué bien, que claro lo veo todo!

—Si ello fuera verdad no habrías cometido tanta sinrazón.—¿No sabes que Decio persigue a los cristianos?

—Compadezco a Decio.

—Mi padre, por orden del Emperador, ha de combatir el Cristianismo.

—También compadezco a tu padre.

—¡Qué ofuscación, qué egoísmo!

—No soy egoísta. ¿Qué prueba he dado de ello?

—Por tu religión nos abandonas a todos. Prefieres morir con tu Dios que vivir con los nuestros.

—Porque esta es la religión de la verdad, de la luz suprema.

Paulina se debatió desesperadamente. Veía perdido a su esposo. Comprendía que era inútil todo cuanto hiciera por arrancar de la mente de Polieucto la idea terrible, la convicción obsesionante. Y ello equivalía a dejarle morir. Pues, como había dicho Estratónice, Félix, por mucho que quisiera a su yerno, estaba sujeto a sus deberes de gobernador y habría de acatar las órdenes de Decio. «¡Guerra al cristiano!», ordenaba el emperador. Y Polieucto era cristiano, y Félix el encargado de hacerles la guerra en Armenia.

Paulina, como último recurso, exclamó:

—Conserva tu fe, pero guárdala en tu pecho secretamente.

—¿Secretamente? ¿Por qué? ¿Acaso creer en Dios es pecado? No, Paulina, no. No tengo por qué ocultar mis sentimientos. Estos

sentimientos son toda mi vida. Ya te he dicho que mi alma desborda de luz desde que mi fé ha triunfado de todas mis flaquezas. Que el cruel castigo del emperador idólatra caiga sobre mí. Soportaré el sufrimiento sonriendo. No me importa sufrir porque mi sufrimiento será santo. ¿Qué dice el emperador? : ¡ guerra al Cristianismo ! Bien pues oye mi respuesta : ¡ guerra a la idolatría !

—¡ Oh, Polieucto ! Me abandonas... nos abandonas.

—¡ Ah, mujer falsa ! ¿ Crees que no lo sé todo? ¿ Crees que no sé que tu Severo está cerca?

—Mi esposo eres tú.

—Pero él es el hombre a quien amas.

—Te amo a ti, Polieucto y a nadie más. ¿Cómo puedes dudar de mi amor después de las infinitas pruebas de cariño que te he dado? Respecto a la historia de Severo, me complace que la conozcas. De lo contrario, yo misma te la habría contado. Porque te amo, Polieucto, porque eres mi esposo, porque eres sólo tú el hombre de quien yo espero la perfecta paz en la vida.

—La perfecta paz está en el amor de Dios.

—¿Pero, por qué vuestro Dios lo quiere todo para sí?

—Dios no quiere sino la paz de nuestra alma. Si desea que le amemos sobre todas las cosas es porque en este amor hemos de hallar la felicidad que todos buscamos.

—No alcanzo a comprenderte, Polieucto. O me aborreces o eres víctima de un fatal delirio. Vuelve en ti. Desecha esos locos pensamientos que tantas tristezas nos han causado a todos. Vuelve en ti, Polieucto.

—¿Y por qué no vuelves tú? Por qué no cambias tus disparatadas creencias por las mías? ¿Por qué no te esfuerzas en ver en mi Dios, lo que inútilmente buscarás en los tuyos?

No tuvo tiempo Paulina de contestar. A hacerlo iba cuando la voz de una esclava dijo desde el umbral:

—Vuestro padre viene.

Paulina imploró a Polieucto tuviera prudencia. Pero éste no respondió. Inconmovible, cruzado de brazos, alta la cabeza, esperó la llegada de Félix.

Este apareció en el umbral descompuesto, furioso.

—¡Ah, infame!—exclamó apenas hubo visto a Polieucto.

Pero Paulina se arrojó a sus pies, y, abrazándose a sus rodillas, le pidió entre sollozos, perdonara al ofuscado.

—¡Perdonarme! ¿De qué?—exclamó altivamente Polieucto—. El que necesita perdón es él... y tú, Paulina, y todos los que piensan y obran como vosotros. Pero ¿yo? No, no quiero perdón ninguno. Mi fé me enseña a ser fuerte.

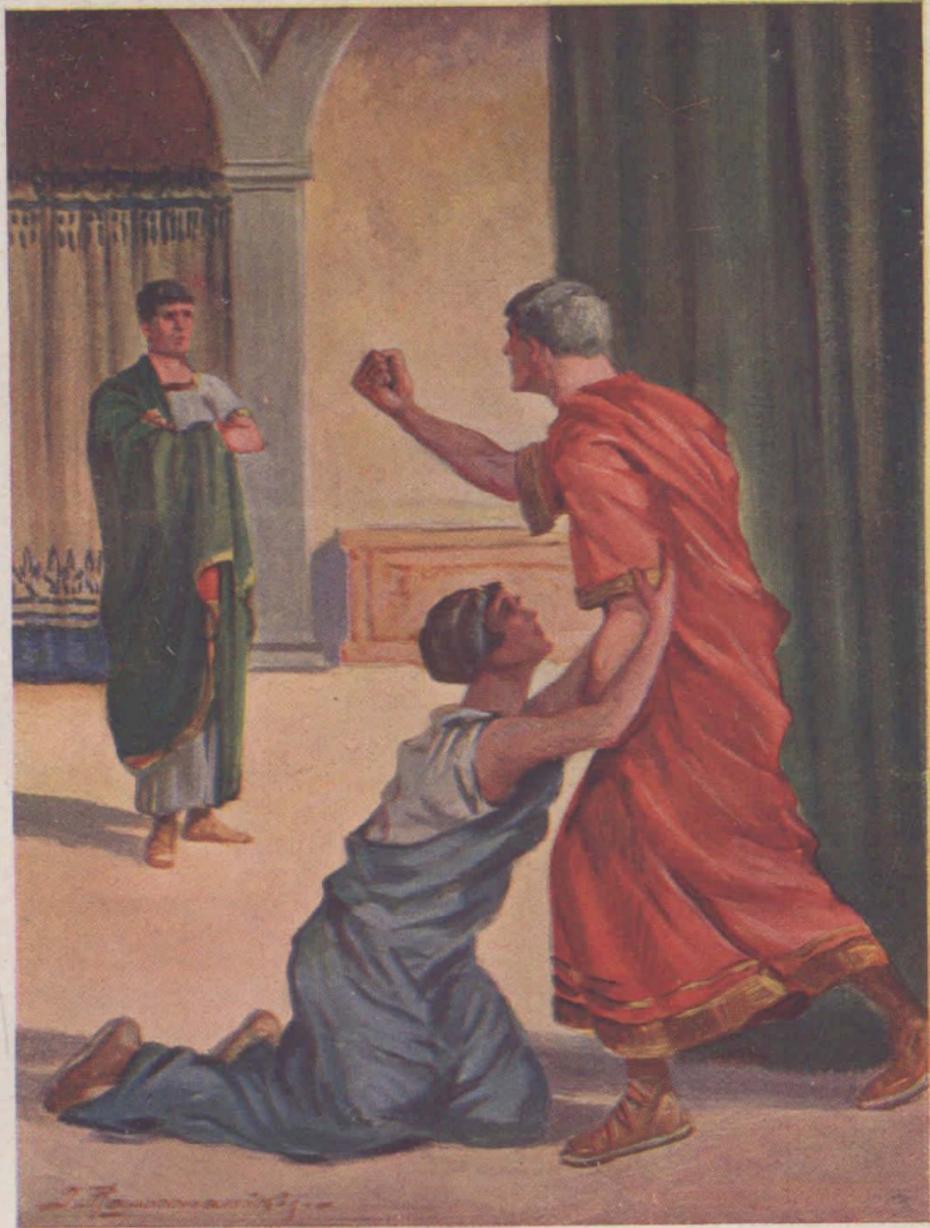
Y continuó inmóvil, impassible, en medio de la estancia.

Félix sintió que una oleada de ira le sofocaba. Paulina, que la vida se le escapaba del cuerpo.

—¡Polieucto! ¡Esposo mío! —exclamó ésta.

—Ya lo ves—dijo Félix—. Todo es inútil. Queremos salvarle y responde a nuestra generosidad con la ingratitud.

—¿Qué será de mí, Polieucto?—imploró Paulina.



Pero Paulina se arrojó...

En este preciso instante, como llovido del cielo, irrumpió Severo en la estancia.

—Señor—dijo a Félix—, el pueblo está amotinado y vengo a ponerme a vuestras órdenes.

Entonces, Polieucto replicó a Paulina :

—¿Me preguntabas que sería de ti ahora? Aquí tienes—y señaló a Severo—quien puede responderte mejor que yo. Que seas con él muy feliz.

Y dió media vuelta y salió de la estancia.

Severo quedó perplejo. Félix, inmovilizado por la ira. Paulina, agobiada por la pena.

—¡Es imposible! ¡No hay medio de evitarlo!—exclamó Félix al fin.

—Se me ocurre una idea—dijo Severo de pronto—. ¿Y si mandarais que presenciase la muerte de Nearca? Acaso la trágica visión del supremo castigo le amedrantaría y le volvería en razón.

—Creo que es inútil, pero, al fin y al cabo, es mi yerno y quiero probarlo todo.

—Yo mismo puedo dar las órdenes oportunas—dijo Severo.

—Acompañadme, pues.

Y salieron ambos, dejando a Paulina sola.

Menos mal que apareció Estratonice y la desdichada, la abandonada de la mano de Dios, pudo hallar consuelo refugiándose en sus brazos y dando libre curso a las lágrimas.

IV

En el ambiente de la habitación palpita un reflejo de la tragedia que lejos de allí se desarrolla.

Paulina, blanca como la nieve, duerme sobre un amplio sofá. Su sueño es agitado. Frecuentes suspiros interrumpen su acompasado alentar y largos estremecimientos recorren su cuerpo.

Cerca de ella, Estratónice vela su sueño. Estratónice lo ha visto todo, lo sabe todo, pero nada ha dicho, Estratónice vió a Polieucto después de presenciar la muerte de Nearca y nada en su rostro revelaba que acababa de ser testigo del trágico fin de su camarada.

Una vez que la sentencia estuvo consumada, Félix llamó a Polieucto a su presencia y le preguntó si rectificaba.

—Ahora menos que nunca—repuso el mártir—. He visto sufrir a mi amigo Nearca y tengo celos de su suerte. Mis carnes anhelan el santo suplicio. Todo por El, todo por Dios.

—¿Prometes siquiera ser respetuoso con nuestros dioses?—insistió su suegro.

—No puedo rendir homenaje ninguno a vuestros ídolos. Los detesto porque son enemigos de Dios y crean a su alrededor una religión bárbara.

Entonces Félix hizo una seña a sus esclavos.

Estos se aproximaron y le encadenaron allí mismo.

—Que se cumpla la ley—dijo el gobernador—. Que se le dé muerte como a Nearca.

Severo, que estaba presente, quiso hacer una última súplica en favor de Polieucto, pero todo fué inútil.

Ya el prisionero había desaparecido conducido por los esclavos.

Estratónice sabe todo esto, pero nada quiere decir a Paulina, cuyo rostro blanco, inmobilizado por el sufrimiento, le inspira una profunda compasión.

Pero de pronto, Paulina abre los ojos, se incorpora, se levanta y se queda mirando fijamente a su fiel amiga.

—Lo sé todo—exclama—. Alguien durante el sueño me lo ha dicho. Polieucto ha muerto como un santo, como un mártir. Y este sublime sacrificio me ha abierto los ojos. ¿Quién de nosotros hubiéramos dado la vida por nuestra religión? Estratonice, la verdad está en el Dios de Polieucto, en ese Dios tan poderoso y tan magnífico que da al alma la perfecta paz y al cuerpo la sublime pureza. Polieucto ha muerto sin protestar. Ha ido hacia el suplicio sin temor ninguno. Dime, Estratonice: ¿nos dan nuestros dioses ese valor, esa fe, ese espíritu de sacrificio sublime?

Y se puso en pie.

—Acompáñame, amiga mía. Quiero decir a mi padre que ha cometido un gran error. Que Polieucto no era un delincuente, sino un santo. Quiero decirle a él y al mundo entero que mi religión es la misma del mártir. Que creo en el Dios único y misericordioso que llena el alma de luz y da al cuerpo la perfecta pureza.

Y dirigióse con su amiga a la habitación donde hallábase su padre.

Mas, ya iba a cruzar el umbral, cuando ciertas palabras pronunciadas por una voz conocida la detuvieron.

—Polieucto era un santo y vos cometisteis un crimen tremendo decretando su muerte.

Era la voz de Severo, el cual, enardecido y con un tono de valiente y profunda sinceridad, añadió:

—No me digáis que era vuestro deber. Vuestro deber, como el mío y como el de todo ser sensato, es defender el bien y la verdad. Y el bien y la verdad estaba en Polieucto... en su Dios y en su religión... Su heroísmo ha iluminado mi alma y mi mente con la verdadera luz. Ahora comprendo su desdén hacia nuestros ídolos, grotescas figuras de madera, que simbolizan dioses a millares... dioses bárbaros que en vida conocieron todos los vicios y todas las bochornosas debilidades. Decidme, Félix: ¿pueden compararse estos dioses con el sublime Galileo, ejemplo soberano de sabiduría, de pureza y de misericordia?

—¡No!—dijo Paulina irrumpiendo en la es-

tancia—. No—añadió—. Nada ni nadie puede compararse al mártir del Sinaí. Yo también, Severo, comprendo ahora que la verdad y el bien estaban en mi desdichado esposo. Hoy, toda Armenia, debía llorar la muerte del admirable discípulo de Jesús. Padre, hemos cometido un tremendo crimen.

Entonces sucedió algo inesperado. Félix, el austero senador romano, el súbdito fiel de Decio, en vez de replicar duramente, como Paulina y Severo sospechaban, alzó el rostro, se llevó las manos al pecho en actitud desesperada y dijo con voz ahogada por el dolor:

—Yo también, yo también creo ahora en el Dios infinito de Polieucto.

EL MENTIROSO

I

Promediaba el siglo diecisiete. Era la época galana del rey Sol. Una noche de primavera llegó a París un provinciano llamado Dorante, el cual tenía en su cuerpo muchas más ilusiones que juventud, pese a que, respecto a esto último, no pasaba de los veinticinco.

La cualidad más sobresaliente del carácter de nuestro hombre era la de ser un embustero de marca mayor. Mentía casi inconscientemente, tal era la costumbre que tenía de hablar sin que sus palabras estuvieran de acuerdo con sus sentimientos. Y tan ducho estaba en este arte, que su rostro no dejaba entrever en tales casos, la burla que ocultaban sus manifestaciones.

Pues bien, este soberano embustero se personó en París con ánimo de convertirse rápidamente en uno de los primeros oficiales del ejército francés.

Un amigo le esperaba en la urbe: Cliton. Este no tenía su decisión ni su fantasía, pero conocía muy bien París, y Dorante pensó que podría serle de gran utilidad.

También hallábase en la villa de París, Geronte, padre de nuestro héroe y el cual fué a recibirle con Cliton, en el punto de la ciudad donde hacía parada la diligencia.

Aquella primera noche, Dorante estaba cansado y se resignó a dejarse conducir al alojamiento que su cuidadoso padre háiale buscado tan pronto como le diera el consentimiento para salir de la provincia.

Pero el segundo día fuése en busca de Cliton y le obligó a que le enseñara cuanto hubiera en la ciudad de notable.

Muy complacido quedó Dorante de todo cuanto viera. París parecíale una ciudad de ensueño. Sus amplias calles, sus magníficos edificios, le sorprendieron como cosas sólo vistas con la fantasía.

Caía la tarde, cuando nuestros amigos sentaron sus reales en el banco de un paseo, con ánimo de dar un poco de reposo a sus fatigados miembros.

La avenida estaba al borde mismo del Sena y el ambiente hallábase henchido de rumores.

—¡Bella ciudad!—dijo Dorante—. Parece-me, amigo Cliton, estar en el cielo. Esta grandeza se comunica a mi alma y me hace desear ser grande yo también...

No iba a concluir aquí su peroración, ni muchísimo menos, pero en aquel instante, un coche se detuvo cerca de él y se apearon dos hermosas damas que comenzaron a pasear por la avenida.

—Amigo Cliton, ¿dije que París era bello? Pues rectifico: París es divino, único... un cielo, una gloria, un paraíso. ¿No conoces a aquellas damas?

—Alguna vez creo heberlas visto, pero nada puedo decirte respecto de ellas.

Dorante, incapaz de resignarse, protestó:

—Pues debías saber. ¿Qué parisienses son estos que no saben lo que hay en París?

—En París hay muchas cosas, amigo mío, y, por cierto, más importantes que esas dos bellas damas que pasean desmayadamente bajo la suave semiclaridad del crepúsculo.

—¿Qué dices, desdichado? ¿En qué cabeza cabe que en ciudad alguna del mundo pueda haber dos joyas, dos monumentos más valiosos que esas damas? Cliton, estoy tentado de romper mi amistad contigo. ¿De qué vas a servirme si no me sabes dar los datos que más precisos me son? No, no te llames amigo de Dorante.

Cliton, un poco desconcertado por el calor con que Dorante hablara, creyóse en el caso de demostrarle que todo en el mundo tenía remedio y que nada más penoso para él que perder aquella amistad tan sólida y antigua.

—Puesto que lo haces cuestión de vida o muerte—dijo—pronto adquiriré los detalles que anhelas. Preguntaré al cochero que las trajo aquí y a buen seguro que éste podrá darme toda especie de referencias.

Y, pensando en que jamás creyera que Dorante viniera de la provincia con los ánimos



¡Ah! — gritó la dama,

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

tan excitados, encaminóse hacia el punto donde estaba parado el coche.

Entretanto, Dorante se levantó e inició también un paseo, precisamente cuando las damas venían hacia él.

Muy cerca de ellas se hallaba, cuando la más dicharachera, perdiendo de súbito la fuerza de uno de sus pies, dejóse caer de rodillas, y seguramente habría dado con todo su cuerpo en el suelo, de no ser Dorante tan ligero en acudir en su auxilio.

Cogióla de una mano el galán y la ayudó a levantarse.

—¡ Ah !—gritó la dama.

—¡ Bendito tropiezo ! — glosó Dorante— que me ha permitido prestaros el leve servicio de...

—¿ Leve servicio?—interrumpió la dama—. ¿ Y qué sabéis vos de las consecuencias que pudiera haber tenido la caída?

Y con este tono continuaron hablando hasta que llegó Cliton, el cual quedóse muy sorprendido al ver a su camarada en tan franca conversación con las damas del coche.

En este momento Dorante decía :

—Cierto que podía haber sido mucho ; más yo, señoras, desde que estuve en la guerra de Alemania, a fuerza de ver muertos y mutilados, he perdido la noción del mal.

—¡ Oh !—exclamó la parlanchina dama—. ¿ Vos habéis estado en Alemania ?

—Tenía entendido, querido Dorante—in-terrompió Cliton—, que no habías salido de tu provincia.

—Calla, majadero—repuso el provinciano. Y añadió dirigiéndose a la dama :

—No sólo he estado en Alemania y en la guerra, sino que en todos los combates habidos en un período de cuatro años, mi espada no ha dejado de prestar un servicio glorioso.

Al llegar a este punto, Cliton lo comprendió todo y dijo al oído de su camarada, aprovechando la oportunidad de que las damas hablaban una con otra :

—Paréceme, querido Dorante, que te excedes en tus embustes.

Pero Dorante volvió a hacerle callar con una palabra dura y autoritaria y continuó diciendo lindezas a la dama que tan rápidamente habíase apoderado de su corazón :

—Pues sí, hace próximamente un año regresé a París y desde entonces no he hecho sino medir con mis pasos las cercanías de vuestra casa por si Dios me deparaba la inmensa ventura de veros.

Cliton se quedó con la boca abierta ante la descomunal mentira, pero Dorante, sin darle tiempo a pronunciar palabra, añadió dirigiéndose a la desconocida :

—Y hoy que, por fin, el cielo ha querido que os vea, decidme : ¿puedo seguir soñando?

En este momento, una de las damas dijo algo en voz baja al oído de la otra y, después de mirar ambas hacia un extremo del paseo, por donde venían dos figuras humanas, dijo la más habladora :

—Hemos de seguir paseando solas.

Y se fueron, mientras Dorante le dirigía una larga serie de palabras apasionadas.

Quedaron solos el provinciano y su amigo. Aquél preguntó al punto :

—¿Qué has averiguado?

—El cochero—repuso Cliton—no ha querido decirme más que lo siguiente : «La más

bella de las dos se llama Lucrecia y vive en la plaza real. La otra vive aquí».

—Entonces ya sé el nombre de mi dama.

—¿De la tuya? Opino que Lucrecia es la otra.

—¿La otra?, ¿la otra la más bella? Amigo Cliton, me extraña que, viviendo tantos años en París, no sepas distinguir la verdadera de la falsa belleza. ¿Cómo puede ser Lucrecia esa dama que ni siquiera desplegó los labios mientras su compañera y yo hablábamos continuamente? Calla, Cliton—añadió cortándole la palabra—. A fe que aquel caballero que viene allí paréceme Leonardo, mi amigo de otros tiempos.

—Sí, Leonardo se llama.

El caballero que se acercaba era arrogante y joven. Acompañábale un caballerete que tenía catadura de criado.

—Sí, Pedro—iba diciendo Leonardo—. Anoche vino un galán a bordo de una barquilla y dióle una serenata que duró hasta altas horas de la noche.

—¿Y cómo lo sabéis, señor?

—Porque me lo han contado.

En esto llegaron junto a Dorante, el cual les dirigió un afectuoso saludo y les dijo a punto seguido:

—¿Qué hablabais de música y de una barca?

—Me refería—repuso Leonardo—a cierto galán que, al parecer, viene por las noches a este punto del Sena para dar serenatas desde la orilla.

—¿Y qué pensáis de ese galán?

—Que va a pescar cualquier enfermedad. La humedad es muy mala.

—¡Bah!, veo que los informes que tenéis son muy deficientes. El galán de las serenatas es fuerte como un roble y, además, lleva sus barcas dispuestas de forma que la humedad no puede llegar a él.

—¿Le conocéis vos?—preguntó Leonardo.

—Tan bien como si fuera hermano mío.

—¿Pues quién es?

—Yo mismo.

—¿Vos?

—¿Tú?—dijo a su vez Cliton—. Recuerda, Dorante, que anoche...

—¡Chitón!—le atajó Dorante con gesto al-

tivo. Y añadió dirigiéndose a Leonardo—: Pues sí, yo soy ese galán, yo, que todas las noches preparo doce barcas con una orquesta completa y me vengo a este punto del Sena para entonar los más bellos cánticos con mi hermosa voz de barítono.

—¡ Oh !—exclamó Cliton lleno de asombro, y añadió para sus adentros— : ¿ Habrá en el mundo mayor embustero ?

Leonardo, lleno de celos, estuvo tentado de dar al rival un bofetón que provocara el desafío, pero, pensándolo mejor, comprendió que era preciso reflexionar y despidióse de su enemigo, simulando una perentoria obligación.

Y alejóse con Pedro paseo arriba, deliberando acerca de la cuestión, para ver de tomar las medidas que procedieran.

Las damas habían desaparecido ya. El coche se había marchado. Así, pues, en el paseo inmediato al Sena, quedaron solos Dorante y Cliton. Era ya casi de noche. De la parte del río soplaba una brisa húmeda.

El provinciano y su guía estuvieron un buen rato en silencio. Al fin dijo Cliton :

—Una pregunta, Dorante. ¿Por qué dices tantas mentiras?

—¡Calla, estúpido!

Y el paladín de las guerras de Alemania rompió la marcha con un gesto de desdén.

Cliton, humildemente, le siguió.

II

La dama con quien Dorante había hablado llamábase Clara, y su silenciosa amiga, Lucrecia.

Y como Clara era la prometida de Leonardo, de aquí que éste se sintiera devorado por los celos cuando oyera las declaraciones de Dorante.

Ninguna dama vivía a orillas del Sena que mereciese pruebas de admiración tan brillantes como las que Dorante diera. Doce barcas, una orquesta... El pobre Leonardo se sentía morir de celos y de rabia.

Clara tenía padre y éste era gran amigo de Geronte, a su vez autor de los días de nuestro provinciano.

Geronte y el padre de Clara habían llegado al acuerdo de casar a sus hijos y esta fué la causa de que a la noche siguiente, mientras Dorante y Cliton merodeaban por la pla-

za Real, Geronte se dirigiera a casa de Clara y, hallando a ésta en la ventana que daba al Sena, le expusiera sus planes.

Clara, que ya había logrado enterarse del nombre del galán que hacía dos días le evitara en el paseo una caída segura, al oír que Geronte denominaba Dorante a su hijo, se volvió hacia Isabel, amiga que en aquel instante la acompañaba y le dijo:

—El hijo de este caballero es el heroico joven de que te he hablado.

Y añadió dirigiéndose a Geronte:

—Mucho agradezco señor, el honor que me hacéis, tanto vos como vuestro hijo, al desearme, uno para esposa, el otro para nuera. Pero nada puedo responder hasta que conozca a vuestro hijo. Antes de unirme de por vida a un hombre, quiero saber si su carácter concuerda con el mío, pues, de lo contrario, en vez de un nido lleno de paz, podíamos crear un hogar donde la discordia fuera el pan nuestro de cada día.

—Muy razonables me parecen vuestras palabras y, con objeto de que conozcáis a mi hijo, voy al punto en su busca.

Clara quiso detener a Geronte, pero éste estaba tan preocupado con las bodas de su hijo, que se alejó apresuradamente y sin prestar atención a los deseos de la futura nuera.

—¿Qué haremos ahora?—preguntó la dama volviéndose hacia Isabel.

—¿Qué quieres decir? ¿No estás satisfecha de tu suerte? Durante, según los informes que de él te dieron, es un excelente partido.

—Pero no me inspira tanta confianza como Leonardo—. Por otra parte, he prometido a éste casarme con él.

—¿Desde cuándo?

—Hace dos años que su padre me escribió diciéndome que vendría a ultimar nuestras bodas, pero un día tras otro ha transcurrido sin que el caballero se decida a hacer el viaje, pues es bastante viejo y todo le inquieta y atemoriza. Por eso temo que venga Durante. Leonardo no debe de tardar y si se encontraran aquí, es posible que me quedara sin uno y sin otro.

Isabel, que en asuntos de ingenio no tenía par, dió de súbito con una feliz y salvadora idea.

—Que nuestra amiga Lucrecia escriba a Dorante llamándole a su ventana. Este acudirá a buen seguro a la cita y tú puedes oír lo que hablen y hacer al galán cuantas preguntas desees por medio de Lucrecia.

Entusiasmada quedó Clara con la idea de Isabel, y ya se disponía a marchar con ella a casa de Lucrecia cuando una figura humana apareció por la parte del paseo.

—¡Es Leonardo!—exclamó Clara—. Ve tú sola a casa de nuestra amiga y comunícale nuestros planes. Yo procuraré deshacerme de Leonardo cuanto antes, y en seguida iré a reunirme con vosotras.

El galán, deteniéndose ante la ventana, exclamó:

—¡Ah, ingrata! Te he visto hablar con el padre. Ahora sí que estoy cierto de que el hijo es el que viene con doce barcas y una orquesta completa. Ya sé yo lo que me corresponde hacer.

Y dando media vuelta, se alejó.

He aquí cómo Clara se vió libre de Leonardo mucho antes de lo que creyera y pudo

dirigirse a casa de su amiga Lucrecia cuando Isabel estaba aún a medio camino.

* * *

Geronte, después de hablar con Clara, dirigióse hacia la casa donde alojábase su hijo, más al cruzar la plaza Real se dió de manos a boca con él.

—Dorante—le dijo—. En tu busca iba.

—Pues ¿qué deseáis de mí, padre mío?

—Te he buscado una esposa como tú no la habías soñado. Vamos, que te desea ver.

—¿Una esposa, padre?

—Sí, hijo mío.

—El caso es, padre de mi alma, que... Verás, te lo voy a contar todo. Padre mío, yo ya estoy casado.

—¡Oh! ¿Sin mi consentimiento?

—Padre, es una mujer pobre y temí que no accedieras a lo que tanto para ella como para mí constituía el supremo sueño. Perdón, padre mío.

Geronte, que era un alma de Dios, se entenció y, después de derramar unas lágrimas, abrazó a Dorante mientras le decía :

—Te perdono, hijo mío. Ya sabes que yo no deseo otra cosa que tu bien.

Y añadió desprendiéndose de su hijo.

—¿Tiene padre tu esposa?

—Sí. Un padre honrado y de envidiable posición.

—¿Y cómo se llama?

—Agamenón de Ocaña.

—Bueno, bueno. Le escribiré.

—¡Vaya un compromiso!—exclamó Cliton de modo que sólo Dorante lo oyera.

—Y ahora—prosiguió Geronte—me voy a dar la noticia a la que yo pretendía que fuera tu esposa.

Cuando Cliton y Dorante quedaron solos, éste preguntó :

—¿Qué te ha parecido la historia?

—Digna del más fantástico de los novelistas. Pero tu padre ha decidido escribir a tu imaginario suegro y temo que ello complique la situación.

—¡Bah! Ya procuraremos salir del nuevo compromiso con una nueva mentira.



Geronte volvió a casa de Clara. Mas no tuvo necesidad de llegar hasta ella, pues halló a la dama en el camino y, deteniéndola un momento, le dió cuenta de lo que sucedía.

Muy sorprendida por la noticia de que Dorante estaba casado, se apresuró a dejar a Geronte para que éste no advirtiera su turbación y continuó su camino a casa de Lucrecia.



Antes de que llegara, ya la amiga había escrito a Dorante, enviándole la carta por mediación de una doncella.

Cuando el provinciano leyó el billete, una inmensa alegría le invadió.

—Di a tu dueña—manifestó a la sirvienta—que acudiré puntualmente a la cita.

Y cuando la doncella se hubo marchado, añadió trémulo de gozo:

—¿Se puede dudar ahora de que la dama de mis sueños se llama Lucrecia? Toma, lee esta carta.

—Realmente—repuso Cliton después de haberla leído—, me he equivocado. Lo reco-

nozco... Pero falta aún una hora para la cita. ¿Qué haremos entre tanto?

—Daremos vueltas por esta hermosa plaza, y mientras, para entretenernos, te referiré una maravillosa aventura de que fuí protagonista hace algunos años.

Y la fantasía de Dorante comenzó a desbordarse en una florida narración.



Llegada la hora de la cita, encamináronse a casa de Lucrecia. Como Clara ya no tenía por qué ocultarse de Leonardo, ella misma recibió a Dorante y le habló desde la ventana.

Pero fué para despedirlo de su lado reprochándole que estando casado se atreviera a hacer el amor a una dama tan digna como ella.

Y el mentiroso y su amigo quedaron plantados en medio de la calle, mirándose uno a otro, sin saber qué era lo que les pasaba.

III

También el padre de Dorante descubrió su embuste sobre el pretendido matrimonio, lo que le indispuso con su hijo, hasta el punto de que juró no volverlo a ver más.

La pena de Dorante no reconocía límites. Estaba solo. Nadie más que su fiel Cliton le acompañaba y aliviaba en sus pesares.

No obstante, el galán iba a la plaza Real todos los días. Quería dar una explicación a la dama de sus amores. Decirle que él no había estado casado jamás y que no comprendía quién podía haberle inspirado aquella idea.

Cliton se dedicó a indagar y supo que Geronte conocía al padre de la amiga de Lucrecia.

Esto les dió la clave. Ya sabía Dorante por

qué conducto había llegado el embuste a oídos de su adorada.

Un día, estaba como de costumbre frente a los balcones e casa de Lucrecia cuando vió que Leonardo se acercaba a él.

—Perdóname, amigo mío—le dijo—. Creí que era a Clara a quien cortejabas y hasta pensé en desafiarte. Felizmente, he sabido que a quien tú amas es a Lucrecia y esto me mueve a pedirte perdón y a invitarte a mi boda con Clara, pues mi padre al fin ha llegado y todo está a punto.

Hablando, hablando los dos amigos se dirigieron hacia el Sena y cuando se dieron cuenta ya estaban frente a la casa de Clara.

—Mírala—dijo Leonardo—. Allí está la que será mi esposa mañana.

—¿Aquella? — exclamó Dorante palideciendo.

—Aquella. ¿Por qué te extraña?

—No, no es nada. Se parece mucho a cierta parienta que tengo en la provincia y ello me sorprendió.

Y se apresuró a despedirse de Leonardo

para ir en busca de Cliton y contarle todo lo sucedido.

—¿Ves como Lucrecia es la que yo decía?

—Bien, bien; pero no perdamos ahora el tiempo en esas bagatelas. Lo que hemos de hacer es resolver, resolver algo.

—Para quedar bien no hay más que una solución.

—¿Cuál?

—Que te cases con Lucrecia.

—La idea me parece excelente—dijo Dorante, sorprendiendo a su amigo, pues éste sólo había tratado de gastarle una broma.

Dorante se dirigió prestamente a casa de Lucrecia.



Lucrecia, que desde que se enterara que Dorante no cesaba de pronunciar su nombre, se sintió interesada por él y, al fin, enamorada, se debatía en un mar de dudas e inquietudes.

¡Estaba enamorada de un hombre casado!

¿Cómo había podido abandonarse hasta tal extremo, dejar que su alma se deslizara por la terrible pendiente del amor imposible?

Abismada en estos pensamientos se hallaba, cuando, desde su ventana, vió que su doncella volvía a través de la plaza Real.

Ya llegaba a la acera, ya iba a entrar, pero en este instante, del portal de su propia casa salió una figura humana que detuvo a la doncella.

Sabina, que así se llamaba ésta, lanzó un grito, pero Dorante, pues esta era la figura humana, se apresuró a pronunciar estas palabras tranquilizadoras:

—No temáis, Sabina, que soy un conocido vuestro y vengo en son de paz.

Y para dar mayor fuerza a su aseveración puso en la mano de la doncella una moneda de plata.

Sabina se rindió. Con amable tono, dijo:

—¿Qué deseáis de mí, caballero?

—Deseo contaros una historia.

Lucrecia, que había reconocido la voz de Dorante y que sólo por el hecho de saber que era él estaba interesadísima, se sintió mu-

cho más intrigada aún ante el anuncio de su relato. ¿Qué historia iría a contar?

—¿Qué historia habéis de contarme?—preguntó Sabina.

—La historia del provinciano mentiroso—repuso Dorante—. Veréis. Era un provinciano que llegó a París con el ánimo de conquistarlo hasta el punto de ser en él tanto como el mismo rey de Francia. Este provinciano, que en el fondo tenía buenos sentimientos, adolecía de un defecto que había de acarrearle grandes perjuicios : era un embustero de marca mayor. Sin que él mismo se diera exacta cuenta de lo que decía, lo mismo se declaraba general de los ejércitos que combatieron en Alemania, que emperador de Turquía, que autor de la *Divina Comedia*. Para él no existían los aprietos. En un momento apurado introducía la mano en el saco de los embustes e iba acumulando uno sobre otro hasta que, a fuerza de mentir, hallaba franco un camino por donde huir del compromiso. Apenas llegara el provinciano a París, y yendo en compañía de un buen amigo suyo llamado Cliton, se encontró con dos damas, ambas tan bellas

como el sol, y una tan silenciosa y prudente como la otra dicharachera y atrevida. Con esta última trabó conversación el forastero, no porque la prefiriera a la otra, sino simplemente porque era más asequible. A causa del aturdimiento con que el provinciano y su amigo obraron, aquél tomó por Lucrecia a la que era Clara y por Clara a la que era Lucrecia. Y se lanzó a la conquista de Clara, creyendo que a quien conquistaba era a Lucrecia. Entra en acción el padre del provinciano. Este, que es amigo del padre de Clara, se pone de acuerdo con él para casarla con su hijo, pero el joven sueña con Lucrecia y, con objeto de rechazar la proposición de su padre, inventa una de sus formidables mentiras: le dice que se ha casado. Entre tanto, Clara, que se ha dado cuenta de que el provinciano la corteja y no le considera desagradable, al oír de labios del padre la proposición de que se case con su hijo, quiere hablar con él detenidamente para ver qué clase de hombre es por dentro. Pero, ¿cómo? Clara tiene un novio con el que es muy posible que se case. Su prometido rompería con ella si le viera hablar con el

provinciano, y corría el riesgo de quedarse sin uno y sin otro. Pero se le ocurre una idea salvadora. Hablará con él en casa de Lucrecia y haciéndose pasar por Lucrecia. El seguramente no conoce el nombre de una ni de otra y se tragará fácilmente el anzuelo. Pero cuando ya Clara se dirige a casa de Lucrecia para poner en práctica sus planes, el padre del forastero le sale al paso y le dice que retira su petición de mano, porque su hijo tiene ya hogar y esposa. Clara se irrita al oír estas palabras. ¿Cómo se atrevía el provinciano a hacerle el amor siendo casado? Y cuando llega a casa de Lucrecia, se entera de que ésta ha enviado ya al forastero una carta invitándole a acudir al pie de su ventana. El galán, al leer el nombre de Lucrecia al pie de la misiva se conmueve. Ahora sí que no puede dudar ya de que su adorada se llama Lucrecia. Acude a la ventana y, en efecto, ve en ella a la dama de sus sueños. Pero ésta le despide a cajas destempladas, dejando a nuestro forastero aturdido y contrariado profundamente. ¿Cómo se habrá enterado la dama de que él se hace pasar por casado? Su amigo hace indagacio-

nes y entonces descubre parte del pastel. Su padre y el de su adorada son amigos y esta es la causa de que la joven se haya enterado de su gran mentira, tomándola por tremenda verdad. El dolor de nuestro forastero no reconoce límites. Y por si lo que le ha sucedido es poco, el autor de sus días se entera de que no es cierto de que su hijo se haya casado. ¿Comprendéis la desdicha del pobre provinciano?

Sabina, que le escuchaba atentamente no pudo menos de reconocer que el provinciano era el más infortunado de los mortales.

Lucrecia, desde la ventana, era toda oídos para aquella historia, cuyo fin anhelaba conocer.

Dorante prosiguió :

—Pues no concluye aún ahí su desgracia. Otros tristes sucesos le acechan. Veréis. El prometido de su cortejada, al oír decir que la mujer amada por el provinciano se llama Lucrecia deja de considerarlo como un rival e incluso le lleva a casa de su prometida, a la que le presenta, dándole su verdadero nombre de Clara. El provinciano, al ver que Cla-

ra es la Lucrecia de sus sueños, queda tan sorprendido y desconcertado, que no acierta a hacer cosa mejor que evadirse. Huye, pues, y se va en busca de su antiguo amigo, el único consuelo que le queda en el mundo. Ya habréis comprendido que el provinciano soy yo. El final de esta historia quiero contarla directamente a vuestra dueña, después de que vos le hayáis contado todo lo que sabéis. Id, id a contárselo todo a vuestra señora, y decidle que desearía verla un momento en la ventana para referirle el final de la historia. ¿Se lo diréis?

—No es necesario—intervino desde la ventana una voz femenina.

Dorante levantó la cabeza y al ver que era Lucrecia la que había hablado, se apartó de Sabina, olvidándose por completo de ella.

La fámula, después de arrojar una mirada a la refulgente moneda, se la guardó en lo más hondo de un bolsillo, sonrió y se introdujo en la casa.

Dorante quedó frente a frente con Lucrecia. La dama había sabido ocultar la emoción que embargaba su alma y contemplaba al ca-

ballero con fría severidad. Este, tembloroso y angustiado, balbució :

—He de pedir os perdón por el mal que os he causado.

—¿Mal? No sé a qué os referís.

—Habéis oído mi historia.

—Sí. Fuí toda oídos para vuestras palabras.

—Bien, pues la Lucrecia de mi relato se enamora de Dorante creyendo que no hace sino corresponderle, y como Dorante a quien ama es a Clara, he aquí por qué dije que os había causado un mal.

Lucrecia se echó a reír forzosamente.

—¡A fe que sois presuntuoso! — exclamó—. ¿De verdad habéis pretendido que estuviera enamorada de vos?

—¡Sí, Lucrecia, sí! — replicó Dorante con encendida mirada—. Y lo estáis. Es la hora de la franqueza, la hora de la verdad.

—La hora de la verdad en el mentiroso.

—Exacto : en el mentiroso que va a dejar de serlo. Toda mi desgracia tiene su punto de origen en una mentira. Y también fué mentira que yo amara a Clara. Esta fué la más

tremenda mentira del mentiroso. Ni siquiera su nombre sabía, pues creí que se llamaba Lucrecia. No era amor aquello sino vanidad. Clara se prestaba y pretendí tener con ella un juego de amor, que, dado el brillo, la vivacidad de vuestra amiga, había de hacerme famoso.

—Vuestras palabras son muy razonables, pero vuestra historia no me interesa. ¿Qué puede importarme a mí que améis a Clara o la dejéis de amar?

—Ya os dije que es la hora de la sinceridad. Sí que os interesa a quién pueda amar yo, puesto que vos me amáis a mí.

Había tanta firmeza y serenidad en las palabras de Dorante, que Lucrecia no supo qué replicar.

Dorante prosiguió :

—Vos me amáis y yo... Veréis, os voy a contar el fin de la historia. Cuando el provinciano, abatido, aturdido, sintiéndose desamparado y solo en el mundo, va a ver a su único amigo, éste le dice que la única solución del problema, es que se case con Lucrecia para reparar el mal que le ha hecho... ¡De-

¡adme hablar ! ¡ No me interrumpáis ! El provinciano, que es en el fondo un caballero, resuelve obrar así, y se dirige decididamente hacia la casa de la dama cuya mano ha de pedir. Tan sólo un sentimiento de nobleza le guía... Sin embargo, conforme se acerca a la casa, va sintiendo que una extraña emoción invade su pecho y hace temblar sus piernas. Tan intenso llega a ser este temblor, que ha de detenerse. Y picado por la curiosidad, comienza a investigar las causas de su emoción. Es algo que no ha sentido nunca ; es algo semejante al temor, algo que le llena de un íntimo y suave deseo de llorar. ¿Por qué siente esto precisamente cuando se dirige a Lucrecia? Procura distraerse, desechar las ideas que le obsesionan y la emoción pasa. Vuelve a pensar en Lucrecia y la emoción vuelve...

Se detiene un momento y añade :

—Lucrecia... creedme... Yo siempre he soñado para esposa mía a una mujer toda dulzura y candor, no atrevida y vivaz, sino silenciosa, humilde y recatada. Clara es la mujer que deseamos como compañera de una hora. Vos la que se quiere para una unión de toda

la vida. Lucrecia : ¿queréis ser mi esposa?

Detúvose Dorante. Su emoción había acrecentado la de Lucrecia. ¡ Tenían aquellas palabras un tono tal de sinceridad !

Lucrecia fué a responder pero no pudo. Simplemente dijo, al mismo tiempo que se retiraba de la ventana :

—Me siento enferma. Venid mañana.

Y al día siguiente acudió puntualmente Dorante a la cita, para oír de labios de Lucrecia un sí lleno de dulzuras y promesas.

Se casaron en aquel mismo mes.

He aquí la historia del mentiroso que no volvió a mentir.



